

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería-ó

de Crochet. Precio de la suscripción 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Nota.—Teatros.—A Isidoro Hernandez, poesía.—Nuevo manual de señoritas.—Revista de la moda.—Explicacion de la hoja de patrones y de bordados.—Id. de los figurines.—La Hipocresía del vicio.—El Leproso, por D.ª Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—Las siete virtudes capitales, por D.ª Robustiana Armiño de Cuesta.—A una violeta, poesía.—Laura, por D. F. M. Tubino.—La modista, por D. Félix Talegon de Santiago.—El monasterio de... poesía.—A unos ojos negros, id.—Geroglífico.

LÁMINAS.—Figurin para vestidos de señoras.—Dicho para niñas.—Patron con dibujos para bordados, etc.—Dibujo de tapicería en colores.

El no haberse recibido á tiempo el figurin de niños que regalamos á nuestros Suscritores con el presente número, ha sido la causa de la demora en la publicacion de este periódico. Esperamos se nos dispensará esta involuntaria falta.

NOTA.

Con el presente cuaderno recibirán los Sres. Suscritores los números que habíamos de repartir en los domingos siguientes, habiendo hecho esta alteracion á ruegos de muchas personas que nos han invitado á ello, con objeto de que á los artículos que venimos insertando en los del primer domingo de cada mes, pueda dárseles mas estension.

TEATROS.

BALON.—*Los hijos de Satanás, ó el diablo anda en Cantillana, comedia en tres actos.*—*El Duende (primera parte.)*

Mientras llega su vez á la nueva compañía lírica del Circo, y mientras no sepamos á que carta nos hemos de quedar respecto al Principal, envuelto hoy en cal por fuera y en arcanos por dentro, vamos á ocuparnos del Ba-

lon, en el cual, como ya otra vez dijimos, trabaja la compañía del Sr. Rodes, hasta ahora con no mala fortuna y mejores esperanzas. De las funciones egecutadas á la fecha nada hemos dicho, porque todas eran mas ó menos conocidas; pero hoy vamos á hacerlo de la comedia *Los hijos de Satanás*, no por nueva ni flamante en sí misma, sino por la circunstancia de serlo para nosotros, que nunca antes de ahora habíamos visto puesto en escena aquel cuento de viejas, confingido en forma dramática merced á cierto plágio mayúsculo del que hablaremos á su tiempo.

Supónese la escena en Cantillana, pueblo inmediato á Sevilla. El corregidor, tonto de capirote, no lo es sin embargo para su negocio, y así trata de casarse con una pupila suya, muchacha bonita y rica, como lo son siempre todas las pupilas de comedia. La tal ya se supone que no está de humor de dar su mano á un viejo estantigua, y aunque es lista y resuelta no toma el facilísimo camino de negarse á semejante matrimonio, sin que veamos para ello mas razon sino la de que no habria comedia entonces; razon muy buena para el autor, aunque muy mala para el público.

Conviene además saber que la mencionada chica está enamorada de un jovencuelo muy tontonazo y muy bonachon, al que no obstante se le cree hijo del diablo, por mas que, segun se ha visto, no debiera de parecerse á su padre gran cosa. El motivo de esta creencia es el siguiente.

Un tal Diego, un tiempo soldado en las comunidades de Castilla (porque estamos bajo el reinado del emperador Carlos quinto) se habia casado años atrás con cierta moza de Valladolid, y aunque no tuvo de su matrimonio fruto de bendicion ello fué que una noche oyó berrear un chico en su propia cama. Despertóse sobresaltado creyendo ser aquella una congojosa pesadilla; pero no

era así: el intruso huésped se hallaba en efecto instalado entre ámbos cónyuges, y seguía soltando sus clarinadas sin cuidarse del efecto mágico que había producido en Diego su estemporánea aparición. Mohino este al verse padre sin los preliminares de costumbre, principia por montar en cólera y concluye por bajarse de la cama, y asiendo al niño le planta en medio de la calle, no de patitas porque eso no era posible, pero sí de espaldas.

A la noche siguiente y á la propia hora despiértale el propio berrido y se topa con el propio bulto, mas cuando se disponia á repetir la misma operacion del estrañamiento doméstico, oye una voz fatídica y hueca acompañada de un ¡ay de tí! que le ordena no haga mal alguno á Judas, nombre del recién llegado, y que le prescribe no lo aparte de sí so pena de graves males. Diego, si bien ya no duda de haber sido escogido por Satanás para tutor de aquel hijo suyo, se resigna por miedo á aceptar el cargo, y le cria y le educa á su manera, si bien aborreciéndole siempre, y le lleva en fin consigo y con su esposa á Cantillana, donde había fijado su residencia no mucho tiempo antes de la época en que se supone la accion.

Aquel niño, mozo ahora aunque no muy medrado, es el amante correspondido de Estrella, la pupila del corregidor.

Diego, á pesar de haber cumplido hasta entonces la promesa hecha al diablo, comienza á escrúpulizar del trato íntimo y casi del parentesco que lo liga á aquella endemoniada familia, y para precaver ulteriores contingencias se presenta al corregidor pidiéndole proteccion contra los desmanes que pudiera cometer en su persona el ofendido papá de aquel infernal vástago. El corregidor, informado de sus amores además, discurre para el caso un medio tan espedito como suave; este es el dar aviso á la inquisicion de Sevilla, á fin de que disponga tuesten al mozo sin perjuicio de lo que resulte de la causa; hecho lo cual no hay temor de que se propase en adelante á enamorar á la pupila de ningún cristiano viejo. Agarran en su consecuencia al cuitado Judas y le encierran en una casa contigua, años ha deshabitada por fama de ser nido de duendes.

Todo lo que en esta casa sucede constituye la parte fantasmagórica y horripilante del drama. Se oyen truenos, cruzan relámpagos, suenan cadenas, se escucha la voz lamentable y atinajada de Judas llamando á

su padre desde el fondo del calabozo, una fantasma repite el ¡ay de tí!; Estrella, disfrazada de gitana, hace cocos á Diego, que mas muerto que vivo por el espanto guarda á su prisionero, merced á cuya industria logra aquella sacarle de la escarcela, como lo logra, la llave de la prision: Judas ya libre bebe vino de una botella, pero no bien le gusta cuando cae entre convulsiones á modo de perro con pelotilla: en esto llegan los alguaciles de la inquisicion, beben del mismo licor, y todos comienzan á hacer gestos y contorsiones ridículas, á disparar coces al aire, y despues de cuatro ó seis cabriolas y de otras tantas vueltas de campana, quedan tendidos boca arriba con grande hilaridad y aplauso de los concurrentes.

Judas sin embargo no había muerto, y por tanto proyecta fugarse con Estrella; pero falto de dinero dá á esta á vender un relicario que le había dado la esposa de Diego. Estrella propone la venta á su tutor; pero este al ver la alhaja se sorprende, puesto que había sido suya en un tiempo. Con este motivo se descubre que en el saqueo de Valladolid por las comunidades uno de los soldados había hecho violencia á una doncella, la cual, en medio de lo apurado del lance, tuvo no obstante suficiente presencia de ánimo para quedarse con un relicario que llevaba el agresor; relicario que es este mismo, y que por tanto parece probar ser el corregidor padre de aquel improvisado fruto de un *lapsus linguae* de patulea. Sin embargo, no era este; era el mismísimo Diego quien, despues de haber robado á su legítimo poseedor la alhaja en cuestion, hizo aquella avería á cuenta de mayor cantidad, puesto que la tal doncella de entonces fué andando el tiempo su muger, y Judas, por tanto, el *ergo* de aquel silogismo. Reconocido pues por sus padres, ya se comprende que se casó con Estrella y que la comedia no pudo por menos que acabarse.

No necesitamos decir que este desenlace es el mismísimo de *El castillo de S. Alberto* sin quitarle punto ni coma. Es verdad que no es nuevo, pero en cambio es tan verosímil, y sobre todo tan decente, que bien puede perdonarse á los Sres. Doncel y Valladares el que nos hayan dado de él una segunda edicion.

No vamos á hablar aquí de *El Duende*, zarzuela tan vista y tan sabida de memoria, sino como noticia de que se ha egecutado, y de que se ha egecutado bastante bien, al me-

nos en la parte representada, porque en la lírica suele haber sus buenos trabajos; cosa que no estrañamos, toda vez que fuera golle-
ría el exigir que quien se dedica exclusivamente á la carrera de actor fuese al propio tiempo un buen cantante. Ni se nos arguya con que hay cantantes que son al mismo tiempo es-
celentes actores, como Ronconi por ejem-
plo, puesto que á eso les replicaremos que así como el canto dramático no es la decla-
macion dramática, así la escuela del actor
cantante no es la escuela del actor puro.

Diremos por tanto, concretándonos á la egecucion, que el Sr. Rodés dió á su papel toda la soltura, todo el movimiento, todo el colorido en fin que en sí tiene. Añadiremos que la señorita su hermana, aunque desem-
peñando un papel masculino, se hizo aplau-
dir con justicia; y en fin, que la Sra. Muñoz en el de la vieja coqueta Doña María no tiene que temer rivalidad de actriz alguna. Todo aquello es de muy buen género, y cuando ya no la han echado á perder ciertos aplausos, que á tantos actores pierden, puede estar se-
gura de sí misma. La jóven Villar es cosa distinta. Esa canta, y en lo que puede ha-
llar ahora mayor dificultad es en lo que los demás no la encuentran. Sin embargo, agra-
dó en su papel.

Resulta de lo dicho que la nueva compa-
ñía del Balon gusta, que tiene buenas entra-
das, y que esperamos continúen, porque el Sr. Rodés tiene sobrada inteligencia para com-
prender, no solo lo que es bueno, sino lo que
agrada á cada público.

F. F. A.

A ISIDORO HERNANDEZ.

I.

¿Ves, amigo, nacer en el oriente
Vívido el astro-rey, padre del día,
Y aureos rayos lanzando de su frente
Cruzar triunfante la region vacía?
A su fulgor las aguas centellean,
Abren su cáliz las pintadas flores,
Y los tiernos y amantes ruseñores
En los vergeles plácidos gergean.

El rumor armonioso de los vientos
Que agitan las frondosas enramadas,
Los misteriosos, lánguidos acentos
De las aves en ellas anidadas,
El fragoroso hervir de los torrentes,
La ronca voz del férvido oceano,

Y el blando arrullo, placentero y vano
De los arroyos y las claras fuentes;

El himno son que eleva la natura
Cuando detrás de la rosada aurora
Muestra su frente el sol, serena y pura,
Y el anchuroso firmamento dora.
El en tanto prosigue su carrera
Y los campos estériles fecunda,
Y con su lumbre celestial inunda
el alto monte, el valle y la pradera.

Tal vez en alas de huracan violento
Rápido por los aires conducido,
De negras nubes escuadron sin cuento
Dejan su claro disco oscurecido,
Y al son del rayo y al fragor del trueno,
Que el pecho llenan de pavor profundo,
Parece oculta al tenebroso mundo
La noche eterna en su medroso seno.

Mas pronto brilla el iris de bonanza
Y huye por los espacios la tormenta,
Y renacen la calma y la esperanza,
Y purísimo azul el cielo ostenta;
Y de su trono en el cenit dorado,
Con nueva vida y con impulso nuevo
Sus rayos lanza el rubicundo Febo
Por la estension del mundo dilatado.

Tal el genio levanta con orgullo
Su frente, de laureles coronada,
Y del aplauso público al arrullo
Camina de la gloria á la morada.
Emula de los siglos, su memoria
Vive en el corazon de las edades,
Y el tiempo que sepulta las ciudades
No empaña el brillo de su inmensa gloria.

Acaso ingrata su centuria mira
La llama que en su frente resplandece,
Y el espíritu noble que le inspira
Al desden de los hombres enmudece,
Y triste, solo, errante, peregrino,
El genio cruza por el ancho mundo,
Lleno su pecho de dolor profundo
Sin hallar una flor en su camino.

Mas con su muerte empieza nueva vida,
Y en pos de aquella, mil generaciones
A su memoria ilustre y bendecida
Alzan bustos, erigen panteones.
Y de la tumba helada se levanta
Circundado de luz resplandeciente
Al escuchar el cántico ferviente
Con que su gloria el universo canta.

Así Cervantes con amarga pena
Cruzó el triste desierto de la vida;
El alma noble de amargura llena,
Y su gloria sin par oscurecida.
Y hoy corre en alas de los raudos vientos
Su renombre inmortal de zona á zona,
Le teje el universo una corona
Y le erige sublime monumento.

II.

Tú, á quien el cielo pródigo concede
Tan alto don, prosigue, caro amigo,
La estrecha senda que á la gloria guía.
Sobre tu frente resplandece pura
La llama que animara el genio ardiente
De Bellini y Mozart, tu pensamiento
Elévase á regiones ideales
De armonía y de luz, y tu alma jóven
El entusiasmo y el amor al arte
Vívidos electrizan y arrebatan.

Cuando del clave las ebúrneas teclas
tocas de amor y de tristeza henchido
Cual suele la ligera golondrina
Tendiendo el vuelo á climas apartados
Rozar apenas con las leves alas
La superficie azul del mar tranquilo;
O agitado de espíritu invisible
Haces brotar del dócil instrumento
Sonidos vigorosos, que ora imitan
El estruendo y fragor de los combates,
El viento que se estrella en las almenas
De antiguo torreón, la voz del trueno
O el ronco son de los hirvientes mares,
Ora el gemido de furor que lanza
El engañado esposo, y los suspiros
Del amante infeliz, entonces, entonces
Artista te proclama el que te escucha,
Y te tributa admiración y aplauso.

Sigue esa senda pues: ella te guía
Al templo de la gloria; los laureles
Brotarán á tu paso, y las naciones
Te ofrecerán artística corona.
Yo en tanto, oscuro vate, con mis votos
Desde la playa seguiré tu nave,
Ora mecida por ligeras brisas,
Ora al impulso de huracán violento
Cruzando un mar oscuro y tormentoso.
Y cuando en los soberbios coliseos
De Londres y París, en los de Italia
La cuna de las artes; y en aquella
Patria feliz de Weber y Beethoven
Resuenen los aplausos á tu genio,
En alas de los vientos conducidos
Hasta mí llegarán, en lo profundo
De mi sensible pecho resonando;
Y plegue al cielo guarde tu memoria
Siempre un recuerdo del oscuro vate
Que en las riberas que constante azota
el mar de Atlante, en su insonora lira
Henchido de entusiasmo te consagra,
Como artista y amigo, fiel tributo!

ARÍSTIDES PONGILIONI.

Cádiz. 1856.

NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

DEL ARTE DE BORDAR.

Del dibujo de los bordados.

1. Sea la que quiera la clase de los bordados, es necesario siempre arreglarse por *dibujos* preparados ó dispuestos de antemano. Estos dibujos ó se hacen sobre la misma tela que ha de bordarse, ó se pintan sobre un papel fuerte. En este segundo caso, aplicable solamente cuando la tela se transparenta, se fija la tira de papel por debajo de la tela en el parage conveniente con puntadas largas, y cuando se ha concluido de bordar la parte ó trozo dibujado, se descose el papel para volverle á coser en seguida adonde lo pida el mismo dibujo.

2. El otro método consiste en *dibujar* sobre la misma tela: esto es ciertamente mas pesado; pero tambien es mas cómodo y seguro para bordar, y en las telas tupidas y fuertes es indispensable porque no se puede transparentar. Para este dibujo en la tela se usa del *picado*, el cual se practica de este modo: se toma el papel en que está pintado ó grabado el dibujo original que se quiere bordar; se siguen todas sus líneas y trazos haciendo agujeritos muy juntos con una aguja fina, á la que se hace una cabecita con cera, ó si no se usa de un punzoncito delicado. Hecho esto se coloca el dibujo sobre la tela, evitando el frote ó roce de uno con otro para que no se cierren los agujeros: despues se toma un pedacito de tela bastante clara, en el que se echa cisco muy menudo, y se ata bien apretado. Esta *muñequita* ó *cisquero*, que este nombre se le dá, se vá pasando por cima del papel dibujado y picado, sacudiéndola ligeramente, y con esta operacion sale el cisquillo al través de la tela de la *muñequita*, se esparce sobre el papel, y de consiguiente por medio de los agujeritos abiertos con la aguja penetra dicho cisquillo hasta la misma tela, y en ella se repite la figura del dibujo, estando para ello, como se ha dicho, muy juntos los agujeritos.

3. Para que esta operacion salga bien, además de estar los agujeros lo mas aproximados unos á otros que sea posible, deben ser hechos con delicadeza, y sobre todo seguir con toda exactitud las líneas del dibujo; pues si se ladeasen á izquierda ó á derecha, se cambiarían sus proporciones, y se confundirían todas sus formas; pero el cuidado y la paciencia remedian estos inconvenientes.

4. Sin embargo, este método que es tan comun, no deja de ofrecer obstáculos. El polvillo del carbon es muy ligero, y no se adhiere bien á las telas, y así el roce le borra muy pronto. Por esta causa hay que renovar ó repasar el dibujo con no poco trabajo, siguiendo los débiles brazos que dejó el *estarcido*, bien con la pluma, ó bien con el lápiz, sin lo cual desaparecería enteramente el dibujo antes de concluir el bordado.

5. Para remediar este inconveniente se ha

inventado otro polvo que sustituya al cisquillo, y es el polvillo de resina muy fino. Luego que se ha picado el dibujo del mismo modo que ya queda explicado para el cisquillo, se cubre la tela con un papel blanco, y sobre él se pasa una plancha caliente, ó se pasa la tela misma por encima de un brasero que no tenga demasiada lumbre, aunque es preferible la plancha. El calor derrite naturalmente la resina que se pega fuertemente á los hilos que forman el tejido de las telas, y el dibujo queda así indeleblemente estampado.

6. Los señores Rival y Rigoulet obtuvieron para esta operacion un privilegio que ya ha expirado.

Su mecanismo se reduce á desleir en un puchero de barro almáciga en lágrima, con la trigésima parte de su peso de cera ó aceite, añadiendo polvos de imprenta ó de humo, cuanto baste para teñirla suficientemente. Se menea bien con una espátula de hierro hasta que todo esté muy mezclado y desleído. En seguida se echa este líquido en unos moldes hechos de papel doblado en forma de barquito, y despues de haberse enfriado se pulveriza, y por último se pasa por un tamiz el mas delgado que sea posible.

7. También es muy útil tener polvo blanco semejante al negro de que acabamos de hablar, y que se hace del mismo modo, sin mas diferencia que echar en lugar de los polvos de humo los de albayalde de plata ó fino. Empléanse en gran cantidad, meneando siempre el líquido en fision, á medida que se va haciendo la mezcla. La cera que hemos dicho entra en estas composiciones es la cera virgen.

8. Debe cuidarse de que no caiga nada de dichos polvos en ninguna parte de la tela, fuera de la que ha de cubrir el bordado, por lo difícil de quitar la mancha, pues esto no se consigue sino con el método que se usa para las demás manchas resinosas.

9. Para hacer los dibujos que se han de poner debajo de la tela transparente que ha de bordarse, se debe escoger papel azulado ó verde, y á este papel se le forra con otro no dibujado, á fin de darle una consistencia mas cómoda para trabajar, sin que sea necesario escogerle ordinario ó grueso. También se forra con papel blanco la tela sobre que se ha dibujado.

10. Cuando la tela transparente se pone tirante sobre un bastidor, cuya descripcion daremos despues, se coloca debajo de la tela el papel dibujado, asegurándole solo con alfileres para que no se vaya á un lado ó á otro, y despues se van siguiendo todos los trazos ó líneas con un lápiz. De este modo se pueden dibujar los tafetanes y aun el percal, porque estando bien estirados se ve el dibujo al través de estas telas; pero si fuesen mas tupidas se recurrirá al método de Rigoulet antes espuesto.

11. Explicada ya suficientemente esta primera preparacion para bordar, deberíamos dar ahora la descripcion de los bastidores en que se tienden las telas para bordarlas; pero como nuestro desig-

nio es pasar de lo sencillo á lo complicado, y no siendo por otra parte necesarios dichos bastidores para los bordados mas fáciles y al mismo tiempo mas usados, comenzaremos desde luego á tratar de los mismos bordados.

De las diversas clases de bordados.

1. Cuéntanse doce clases de bordados, á saber: 1.^a al zurcido; 2.^a al trapo; 3.^a de cordoncillo; 4.^a á tambor ó á aguja, que tambien se llama de punto de cadeneta; 5.^a al pasado; 6.^a al pasado en hueco, á cuya especie se agrega el que se hace en felpilla; 7.^a en seda floja ó en seda de colores; 8.^a en lana, á la que pertenece el cañamazo; 9.^a bordado de aplicacion; 10.^a de realce de broca; 11.^a pasado en oro; y la 12.^a en lantejuelas. Estas cuatro últimas son en oro.

REVISTA DE LA MODA.

En el Prado Catelan encuentran los colegiales y las encantadoras niñas de nuestras academias, que no han ido á pasar sus vacaciones en el campo, un recreo tan variado como divertido; en este encantado Prado se han reunido en este dichoso mes de Setiembre, con el fin de cautivar la atencion y la vista de los que en él se pasean, las hadas y los mágicos mas célebres. Allí Flora ha colocado sus mas brillantes y perfumadas flores de mil colores adornadas. Nuevo Circeo, la Sta. Benita hace juegos de fisica con admirable destreza; mas allá las graciosas muñecas italianas remedan con su gracia, su viveza y su talento á los que en el mundo y fuera del Prado Catelan se encuentran. En fin, Mr. Ernesto Ber, director y creador de este hechizado prado, ha hecho un teatro-naturaleza, en el que diariamente se bailan las pastorelas de Florian; alterna con estas un árabe, que con sus piernas y sus brazos toma todas las formas posibles con el fin de dejar de parecerse á un hombre. Este árabe logra poner los pies en la cabeza y andar con las manos con increíble velocidad. Así es que cada dia se ve en el Prado Catelan nueva y espléndida fiesta; el sol complaciente alumbra á las encantadoras damas y á los preciosos niños, cada mañana renueva Dios bondadoso el esmalte de las flores, y Mme. Martin el tocado de las elegantes señoras, y la *Petite Fadette* el de los no menos elegantes niños y niñas.

Mme. Martin es una autoridad en costura; Mme. Martin tiene don de adorno y corte; jamás quiso abandonar las chaquetas cuando por todas partes esclamaban: ¡ya cayeron las faldillas!... Madame Martin, muy al contrario, alargaba las faldillas y las mangas; siempre por espíritu de perseverancia ó mas bien por buen gusto, muchas mangas se hallaban reducidas á 0. Mme. Martin dió á luz la manga Ristori, la manga Venecia-

na y la manga Elefante. El nombre de esta última no es muy mono, pero su corte es original y nuevo.

¡Novedad! ¡novedad! he aquí lo que todos quieren y hasta exigen; á tal extremo llegan que si al brazo de cada mujer colgasen un globo ó una bandera, cada uno exclamaría ¡original! ¡magnífico! ¡soberbio estilo!

Los mas de los trages de otoño tienen delantales y bridas dibujadas, esculpidas y ejecutadas por Mme. Martin, que lo entiende como verdadera artista; con cintas, encajes, terciopelo, pasamano, galon y flecos; hace bajos relieves, penchinas, arabescos y graciosos dibujos de flores y follages.

Vamos pues examinando:

—Un traje de moaré antique marron, con dos sobrepuestos de terciopelo bordados con canutillo, y á cada extremo una bola de canutillo abriendo la enagua en forma de delantal.

—Un traje de moaré antique azul turquí, con delantal de terciopelo ricamente bordado al pasado y en relieve guarnecido con guipure gótica, corpiño y babador de terciopelo. Las mangas tienen las vueltas de terciopelo muy anchas y bordadas como el delantal, y el babador del corpiño.

No se asusten las elegantes con ese nombre de *babador*; la moda se las pone lo mismo que a las niñas, imposible es enojarse porque es muy gracioso y enteramente nuevo; con esa palabra nuevo pronto quedan admitidos los caprichos de la moda. Los *trois-quartiers* han creado el cuello-babador de muselina bordada adornado con *valenciennes*. Es muy infantil; y un lindo cuello blanco y torneado sale con infinita gracia de este cuadro de bordados y encajes; las mangas de este cuello babador tienen tambien cierto aire de novedad, se hallan abiertas por el costado y llámanse *mangas-Borgia*.

Ya que hablo de las actualidades de otoño del almacén de los *trois-quartiers* empezaré por algunos modelos de confección; mas adelante pasaré revista de sederías y telas de lana y seda. Los *trois-quartiers* tienen cuatro modelos muy diferentes entre sí: la *redingotte*, la *basquine*, la *tweed* y el *manteau*. La *redingotte* es una levita verdadera de paño marron labrado; tiene un cuello pequeño, dos inglesas, y se abrocha como una levita de hombre; los bolsillos no han sido echados en olvido, las mangas con vueltas anchas. Esta levita se ribetea con cinta de raso negro. La *basquine* es de terciopelo negro con falda de canutos sin adorno, las mangas anchas y con vueltas, abrochada en todo su largo con tres hileras de botones. La *tweed* es de paño gris con mezcilla blanca: á fe mia que es un vestido muy cómodo, si fuese mas oscuro á su marido ó á su hermano se le podia prestar. Esta confección semi-masculina goza de gran éxito femenino. El *manteau* es mas clásico que las tres referidas prendas; sin embargo, las mangas son inmensas, siguiendo en eso la moda actual. En cuanto á confecciones

me gustan las mangas anchas y flotantes, así es que apruebo del todo las mangas de los *trois-quartiers*: ya veis que el otoño se presenta con modas de invierno.

Alejandrina ha sacado algunos sombreros de alto estilo, llamados *Cruvelli*, *Alboni*, *Jenny Lind* y *Pomponette*: despues queda el sombrero *Emperatriz*: es tal la sencillez aristocrática de este, que ha de ser muy noble señora la que lo lleve. Este sombrero es de terciopelo verde-malva con salpicado blanco, y solo una pluma: llamándolo sombrero *Emperatriz* se ha dado Alejandrina gracia y finura. En cuanto al *Cruvelli* es de terciopelo violado con salpicado blanco. Alejandrina de tal manera ha arrugado el terciopelo que le hace formar dos puntas en la copa: tengo la seguridad de que ninguna modista es capaz de copiarlo; el adorno consiste en un nudo pequeño de terciopelo, sirviendo de engarce á dos plumas tambien violadas.

El *Alboni* es de terciopelo azoff con salpicado blanco; la orilla forma dos dobleces que no pueden llamarse dobleces, es otra arruga producida por las manos de Alejandrina; el fondo es un pedazo cuadrado rodeado de blondas, y entre estas unas como bolas de terciopelo.

El *Jenny Lind* es de terciopelo azul de China, salpicado blanco, la orilla calada á cuadritos de terciopelo y blondas; una pluma grande puesta á la Diana Vernon lo adorna por fuera, y en el interior hay racimos de uva de terciopelo azul y hojas marron.

Las hechuras de Alejandrina tienen toda la orilla algo levantada, lo que sienta perfectamente; como artista y muger de buen gusto sabe lo que puede favorecer. Ha mandado para la coronación del emperador Alejandro admirables adornos de cabeza para la corte; diademas de oro, terciopelo, blondas de oro, plumas, adornos sin nombre, y que todos se llaman Alejandrina! Mme. Millery es tambien una de las floristas que mas han trabajado para la solemnidad imperial de Rusia; esta preferencia se comprende y se explica. Rusia gusta de lo bello del arte, de la perfección y del talento. No llevará una noble señora rusa una flor cualquiera; no solo desea la forma poética é ideal, sino que tambien quiere la finura y gracia en los detalles. Sabe Mme. Millery sacar partido de esas mil flores que la naturaleza produce con tanta profusion, y quedan sepultadas en el olvido; ella las pone en el caso de hacer un brillante papel al lado de las gramíneas de oro y el cactus de terciopelo morado; Madame ama las flores, y agradecidas vienen todas, y en sus inteligentes dedos se reunen en infinitos y variados adornos. Dubouloy, que hace lo mismo la flor de plumas de paja que la flor natural, acaba de hacer para las modistas de fama flores de terciopelo que han de tener gran éxito entre la elegancia. Cada modista tiene su armazon preferida y la reproduce; de esto proviene que Dubouloy ha hecho la bola de nieve de terciopelo, el laurel de terciopelo, la rosa de terciopelo, etc. Pero lo que hace con arte

admirable es la bellorita de Otoño, la bellorita del Prado Catelan, con su frescor, su colorido, sus delicadas hojas, lo que las hace muy al propósito para coronas de Otoño en los sombreros.

Por mas que hablo del invierno, del terciopelo y de las confecciones, preciso es vestirse todavía de verano ó mas bien de otoño, pues el otoño es todavía verano, se lo aseguro á Vds., menos el pañolón de espumilla y la manteleta de terciopelo.

A pesar de esto la *Petite Fadette* pone chaquetillas de paño y de terciopelo, pues no sientan los pañuelos á las niñas; las chaquetillas de la *Petite Fadette* tienen un corte desahogado y muy bien calculado dando grande soltura en los movimientos y conservando sin embargo gran tipo de elegancia. La *Petite Fadette* se acuerda de la salud antes que nada; quiere que las niñas estén coquetamente puestas, pero que estén buenas, alegres y sonrosadas. Cuando un niño se encuentra incómodo con un vestido se pone pensativo, triste y adquiere mal porte, lo que produce resultados deplorables. ¡Cuántos talles desgraciados por haberse hallado comprimidos en corpiños mal cortados y demasiado estrechos!

Si las madres jóvenes supiesen y quisiesen, bariar de sus hijos otras tantas felices criaturas. Primero para pasar esa edad peligrosa de la dentición, consultarían el Dr. Devouge, que además del arte de las dentaduras artificiales ha estudiado muy detenidamente sobre la dentición de los niños, dicho señor les dará consejos que quizás salven la vida á esos seres que adoran. Despues cuando sean mayores los niños los llevarán al gimnasio de Mlle. Eloff; y ellas mismas podrán darles ejemplo ejecutando los ejercicios que les mande Mlle. Eloff; este gimnasio sirve lo mismo para los niños que para estas lindas mugeres tan delicadas, las flores del Barrio Saint German. Sabe Mlle. Eloff todos los movimientos que constituyen la gracia y la soltura, enseña á una mujer joven el arte difícil de la coquetería, el que muy pocas mujeres poseen. Todas las mujeres son coquetas, convengo, pero hay coquetismo y coquetismo. ¿Es acaso coquetismo, elegancia de vestirse como la media naranja de un edificio? ¡Cuántas y cuántas medias naranjas de estas se ven en los trajes tan sumamente huecos que ni siquiera una arruga tienen.

Moda, y ¿de quién? Las mujeres coquetas, elegantes, en la acepción de la palabra, no se ven como medias naranjas, pero sí como abanicos; sin duda el ver el traje pegado al cuerpo seria horrible, pero sostenido por un ahuecador de abanico tiene infinita finura y elegancia; este es el que conviene á la mujer de buen tono.

Hay el ahuecador de tejido de algodón con cordoncillo de pita que se lava como el género.

El ahuecador todo pita es muy preferible al de crin por su soltura: tambien puede lavarse.

El ahuecador con volantes tejidos en el género.

Los tres son de abanico.

Tambien hay ahuecadores de nueva invencion para los que la casa Gobert no teme rivalidad alguna, tanto por la cualidad del género como por lo artistico de los dibujos. Basta escribir á Madame Gobert su grueso y su alto para tener ahuecadores bien hechos: es tan conocida de las señoras de Paris, de las duquesas del barrio Saint German y Saint Honoré como Alejandrina.

Cuando la sociedad higiénica hizo su entrada industrial en la moda, toda la perfumeria comun se sublevó. Esta perfumeria, decian, caerá de su peso; quiere dar verdadera pomada, y hace un vinagre de plantas balsámicas é higiénicas que debe costarle mucho para destilar. Es precisamente esta superioridad en sus productos la que ha establecido el gran éxito de la perfumeria higiénica. La *Sublime-Porte* ha adquirido tambien gran fama por su talento: solo hay un Chapron y una sola casa en el mundo para los pañuelos que son obras maestras de bordado y escultura.

Hubiera deseado para terminar dignamente esta revista de modas, hacerles la descripción de algunas vajillas de China y cristal de la casa Toy, titulada por la Emperatriz Eugenia. Estas vajillas son dignas de un príncipe. Dos van á Alemania, otras dos á Italia: una es del estilo antiguo con medallas sacadas del Louvre: la otra con escudo, los contornos son celeste y oro: el tercer estilo Pompadour: el cuarto estilo mitológico, cada parte es una obra. Las de cristal están montadas en bronce dorado, y metales dorados y plateados. La casa se ha mostrado digna de su augusta protectora por la fabricacion de estas maravillas que se llaman China y cristal, pero que se llamarán Sévres y Baccarat.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Explicacion de la hoja de patrones y bordados que acompaña al presente número.

- N.º 1 y 2. Cuello y puño parisien, de punto de ojal.
- 3 y 4. Guarnicion de punto de ojal.
- 5 y 6. Cuello y puño para luto sobre crespon negro ó blanco, bordado de seda negra.
7. Pañuelo al pasado y ojete, haciéndose estos ó cerrados ó abiertos: el género debe estar doble y solamente se cortará la roseta interior.
8. Escudo para el mismo pañuelo con las iniciales A. S.
- 9 y 10. Capillo para niño de primera edad.
11. Porta-moneda al pasado sobre terciopelo ó piel de Rusia.
12. Escudo al pasado y lunares.
13. Id. id.
14. A. G. punto inglés y al pasado.
15. Z. B. al pasado y lunares.
16. B. C. Id.
17. V. B. Id. y lunares.

48. M. B. lunares.
49. B. M. al pasado.
20. M. B. Id.
21. E. T. Id.
22. C. C. T. Id.
25. Cuello de guipure y punto de ojal.
24. Embutido.
25. Cuarta parte de un cuello, punto de ojal y ojete de sombra.
26. Pañuelo al pasado y punto de pluma: los ojete están marcados con puntos pequeños en el interior de las margaritas y rosas. Se borda sobre holán ó linó.
27. Escudo A. P. al pasado.
28. Ramo de capricho para cojín ó limpia-plumas.
29. L. J. al pasado y punto de pluma.
30. C. S. al pasado.
31. Escudo C. J. id. y punto de armas.
32. J. B. id.
34. A. L. id.
33. Papalina de punto de aguja.
36. Fosforera al crochet.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE NIÑOS.

Primer figurin. Niña de 10 años.—Vestido de varé lila: la enagua, que será un poco corta para dejar lucir los calzoncitos bordados, se adorna con cuatro volantes guarnecidos de una cinta de tafetan violeta á cuadros. Corpiño cerrado con botones. Cuello de muselina blanca con plieguecitos y bordado de una pequeña *Valenciennes*. Manga blanca como el cuello. Sombrero de paja adornado de terciopelo negro y flores silvestres. Manteleta de gró negro con dos volantes pequeños fileteados de cinta de terciopelo del mismo color. Guantes oro. Sombrilla gris claro. Botitas *marron*.

Segundo figurin. Niño de 8 años.—Jaique ó saco y pantalón de casimir gris, siendo este largo para que caiga sobre la bota de charol. El saco galoneado de seda del mismo color y presillas para abrocharlo. Cuello vuelto y mangas de batista. Corbata baja azul cielo.

Tercer figurin. Niña de 8 años.—Vestido de gros verde *Azof* con listas á cuadros de dicho color un poco mas subido. Corpiño escotado. Toquilla de tul á lo *Antoinette* sujeta á la espalda por un nudo. Mangas iguales á la toquilla. Calzoncitos bordados. Botitas del mismo color que el vestido. Mitones negros. Cabello trenzado y sujeto con una cinta de terciopelo negro.

Cuarto figurin. Niña de 7 años.—Vestido de muselina blanca salpicado de rositas con tres volantes festoneados de rosa. Monillo escotado y fruncido con un volante. La parte alta del monillo á la garganta se adorna con una berta de tul bordada. Manga de dos volantes. Calzoncitos galoneados. Sombrero de paja de

Italia adornado de cintas rosa y por bajo del ala grandes ramos de rosas y cintas del mismo color.

Quinto figurin. Niño de 2 años.—Blusa de popelina azul cielo formando monillo con grandes pliegues y adornada con deshilado del mismo color. Al cuello una pequeña toquilla en forma de berta. Calzoncitos bordados. Botitas del color del vestido.

Sesto figurin. Niño de 11 años.—Chaqueta de casimir negro galoneado de seda y botones de cascabel de lo mismo. Chaleco de piqué blanco. Pantalón gris. Botitas de satén con bigoterías de charol. Corbata negra. Sombrero marino de paja del Panamá.

Sétimo figurin. Niño de 4 años.—Corpiño-chaqueta de tela de algodón *Nankin* galoneado de blanco; calzoncitos bordados. Botitas azules. Sombrero á lo Príncipe Imperial, de paja de Italia y adornos de cinta blanca.

Octavo figurin.—Blusa de casimir *marron* galoneada, pantalón gris. Botitas del mismo color y bigoterías de charol.

Esplícacion del figurin de Modas que acompaña al presente número.

PRIMER FIGURIN.

Trage de varé rosa con tres volantes con rayas de raso del mismo color: monillo escotado y fruncido con un cinturón de igual color y cabos largos: toquilla á la *CORDAY* compuesta de volantes pequeños con feston: las mangas están formadas de un buche y dos volantes: las interiores blancas con dos grandes volantes: mitones negros: brazaletes de cabellos: sombrero de paja de arroz con volantes de blondas y ramos de rosas mezclados con otras flores de varios colores, y cabos de cinta blanca.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de tela de seda gris perla con listas del mismo color mas fuerte formando el delantal: puntas con flecos de dicho color y pié de *guipure*: monillo con faldas cerrado con presillas de pasamanería: mangas á la *RISTORI* muy abiertas y anchas que dejan descubierto el brazo: cuello y mangas de punto de aguja: sombrero de paja liso, adornado de margaritas de paja y azules, y cabos de paja: brazaletes ricos: guantes paja: sombrilla guarnecida de farolones con un monillo de cinta.

LA HIPOCRESIA DEL VICIO.

COMEDIA INEDITA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

DE

D. Manuel Breton de los Herreros.(1)

PERSONAS.

FELISA.	D. MIGUEL.
INÉS.	D. MAURICIO.
D. ^a LUPA.	D. GINÉS.
D. ^a HIGINIA.	D. FABIAN.
D. ^a POLICARPA.	BENITO.
D. TORCUATO.	FERMIN.

Criados, jugadores y máscaras de ambos sexos.

ACTO PRIMERO.

Sala en una casa de campo inmediata á Madrid. En el foro una puerta principal, dejando ver un pasillo que guía á las habitaciones interiores y á la escalera: en los bastidores de la derecha otra puerta: en los de la izquierda, un balcon, muebles elegantes, entre ellos una mesa de bufete con cajones, y sobre ella escribanía y papeles, y libros desordenados.

Escena I.

D. MIGUEL. BENITO.

D. Mig. Sí, libro nuevo. Hasta ahora no he vivido; he vegetado. Desde que me trajo á España cuando aun era yo muchacho mi tío don Claudio Perez—
Háyale Dios perdonado.—
¿Qué pito he tocado yo en este mundo? ¡Cinco años sujeto á la disciplina de un colegio y otros tantos cursando leyes y cánones... que ya se me han olvidado! Sin mas distraccion que oír en paseos solitarios los sempiternos sermones del tío, que esté en descanso, y á la noche ir de tertulia á casa de don Crisanto Peñaredonda, oidor de Manila jubilado...
BEN. Tertulia? Eh! Si habia faldas...
D. Mig. Sí, tres viejas y un vicario.
BEN. Gran dicha fué para usted que se fuese al otro barrio.
D. Mig. Para los dos fué la dicha; que él era muy buen cristiano

(1) La presente publicacion deja á salvo los ulteriores derechos de propiedad que las leyes garantizan al autor, tanto para la impresion como para la representacion de esta comedia.

OCTUBRE.

y de fijo está en el cielo como San Pedro y San Pablo.

BEN. Y usted quedó con su muerte tan libre como los pájaros.

D. Mig. Y único heredero suyo. Cuando digo que era santol...

BEN. Buena renta y saneada?

D. Mig. Regular: seis mil ducados.

BEN. Sopla!

D. Mig. La mitad en fincas, tres mil duros en metálico y lo restante en acciones del banco de San Fernando.
BEN. Y apenas cumplido el luto, sacó usted los piés del plato. Caballos, tilburi, abono en el Circo... ¡Es mucho garbo el de usted!... Y luego el viaje á París, á Roma, al Cairo...
D. Mig. Con lo cual he dado fin á las acciones del banco, al cortijo de Lucena, á la dehesa de Martos... y aun esta quinta...

BEN. ¿Qué! ¿ya no es usted su propietario?

D. Mig. Si tal: pero...

BEN. Siete meses

hace que leal la guardo para mi dueño y padrino, desde que su blanca mano me otorgó la bella Inés dando usted su beneplácito; usted, mi ángel tutelar, que de gorrón me hizo fámulo, y de fámulo...

D. Mig. No hablemos de eso, Benito. Si hice algo por tí y por esa muchacha, lo mereciais entrambos, y espero que no sereis á mi proteccion ingratos.
BEN. Señor, por usted iria á Compostela descalzo; por usted...

D. Mig. Basta. Ya sé que eres fiel...

BEN. Como un alano. Y ahora sin que usted me diga con qué fin se ha trasladado á esta quinta deliciosa, yo creo ya adivinarlo.

D. Mig. Si? dime...

BEN. Usted, por lo visto, está ya medio arruinado, y se propone llevar con los restos del naufragio una vida filosófica, frugal, campestre...

D. Mig. Al contrario: antes de los cinco lustros ¿quieres que me haga ermitaño? Aun me queda de la herencia

BEN. para vivir con el fausto
de un príncipe algunos meses...
Ya; y si sigue usted cobrando
los mil duros anuales
que en buenas letras de cambio
libraba desde Manila
aquel señor don Torcuato....

D. MIG. Oh! sí. Ayer cobré el trimestre
que cumplirá en fin de Marzo;
y eso que bien hará ya
nueve... no, diez meses largos
que no le escribo. ¡Excelente
sugeto, digno del mármol
y el bronce! Nunca he visto
que, á fuer de marino y bravo,
pasaba la vida á bordo
y su delicia era el charco.
Á poco de yo venirme
á Europa murió en Macao
mi pobre padre: él le amaba
como si fuese un hermano,
y sin ligarle conmigo
otro deber ni otros lazos
que su amistad generosa...
te confieso que la pago
muy mal. Ah! ¿por qué no vuelo
á estrechar entre mis brazos
en aquel bello país
lleno para mí de gratos
recuerdos... Pero á mis ojos
creo que se agolpa el llanto.
(Con risa forzada.)
Qué ridícula flaqueza!
Yo llorar!... Por Dios te encargo
que no lo digas á nadie.
Me deshonro, me encanallo
si lo saben mis amigos.
BEN. Bien está, pero no alcanzo...
D. MIG. Yo quiero ser calavera
en grande, atroz, temerario,
execrable, otro don Juan
Tenorio, otro Sardanápalo.
Lágrimas? las que yo cause.
Ley, razón? vayan al diablo.
El placer sea mi Dios
y mi elemento el escándalo.
BEN. Habla usted de veras?
D. MIG. Si.
BEN. Usted tan bueno, tan guapo,
hecho un monstruo!...
D. MIG. Quiero serlo...
ó al menos aparentarlo.
Quiero que se hable de mí,
quiero dejar algun rastro
de mi existencia en el mundo;
yo, que no soy diputado,
ni general, ni ministro,
ni periodista, ni rábano...
Algo he de ser! Mi dinero
neciamente malgastado
no ha podido darme fama
donde hay tanto millonario
que me eclipsa, y ni hago versos,

ni... en fin, nadie me hace caso
¡Y yo conozco en Madrid
á mas de cien perdularios
que hacen mas papel que yo
porque tienen mas descaró!
Ya se vé, yo gasto mucho;
pero nunca me emborracho.
No hay en mi hoja de servicios
ni un mal duelo, ni un mal rapto,
hablo bien de todo el mundo,
socorro al necesitado,
no bolseo, no conspiro,
y en fin,—lo diré muy bajo,—
oigo misa!... y aun me quejo
de ser un adocenado!...
No, no: desde hoy quiero hacer
la vida del hombre malo.

BEN. Bien hecho! ¿Quién contradice
á un hombre tan campechano?
Se peca ya en este mundo
con tan gentil desenfado,
que, llevando la contraria
á los tartufos de antaño,
sin la máscara del vicio
no prospera ya un cristiano.

D. MIG. Para ganar la patente
de tronera consumado
tengo un magnífico plan,
y para llevarle á cabo
cuento contigo.

BEN. Usted me honra:
mas...
D. MIG. Tú tienes desparpajo.
BEN. Pche!...
D. MIG. Al fin, has sido estudiante,
y de la tuna.

BEN. Otro rasgo
de hipocresía. En el fondo
yo soy un pobre muchacho.

D. MIG. Y además, como hace un siglo
que ya no andas á mi lado,
no te conocen mis nuevos
amigos.

BEN. Muy bien. Sepamos...
D. MIG. También cuento con Inés.
BEN. Con mi mujer? *Verbum caro...*
D. MIG. No temas. Farsa... valor
entendido...
BEN. Sin embargo...
D. MIG. Pero, cuándo acabará?
(Acercándose á la puerta del foro.)
Inés!
BEN. Eh?..
D. MIG. Se está probando
un vestido.

BEN. Muchas gracias.
D. MIG. Mientras tú estabas abajo
se lo dí...
BEN. ¡Tanto favor...
D. MIG. Aun no sabe que es regalo
mio. Tú me ayudarás
si en ello pone reparo,
á obligarla á que lo acepte.

BEN. Pero...
 D. MIG. Ya está aquí.
 BEN. (San Marcos!)
 (Preséntase Inés vestida con lujo y elegancia.)

Escena II.

D. MIGUEL. BENITO. INES.

INES. Vamos, ya me he puesto el traje.
 Estravagancia como ella!
 Me sienta bien?

D. MIG. Si. Oh qué bella.

INES. Pareceré un personaje.
 (Se pasea con afectado señorío.)

BEN. No hay mujer que no se esponje
 si cuerda a su orgullo dan.

D. MIG. Divina! Y luego dirán
 que el hábito no hace al monje!

INES. (A Benito, pavoneándose y mostrándole
 los pendientes, pulseras y demás accesorios)

Mira: es completo el ajuar.
 La causa de este capricho, (A D. Mig.)
 aunque usted nada me ha dicho,
 es fácil de adivinar.

Yo no vengo á ser aquí,
 aunque esta gala me entolde,
 sino una especie de molde:
 no es verdad? un maniquí.
 No para esta humilde sierva,
 sino para alguna dama
 que ese corazón inflama,
 tanto lujo se reserva.

D. MIG. Y si fuese para tí?

INES. Qué locura! Vaya, usted
 quiere tenderme una red
 para burlarse de mí.

D. MIG. No tal.

INES. ¡A un pobre arrapiezo
 tan magnífico equipaje!

D. MIG. Bah! dos mil reales el traje
 y ocho mil el aderezo.

BEN. (Cáspita!)

INES. Usted me sumerje
 en un mar de confusiones.
 ¿Quién ha visto tales dones
 a la mujer de un conserje?

D. MIG. Te confieso, cara Inés,
 que no es gratuito el regalo.
 Pues ¿á qué título...

INES. (Malo!)

D. MIG. No has comprendido?

INES. Yo?

BEN. Pues!

D. MIG. Tengo una dama, en efecto,
 que vale mas que el Perú:
 pero esa dama... eres tú.

BEN. Eh?

INES. ¿Cómo...

D. MIG. Oye mi proyecto.

Te juro por mi salud...
 No me mires tú tan sesgo; (A Benito.)
 que no corre ningún riesgo (A Inés.)

tu acrisolada virtud.

INES. Yo dama de usted!

BEN. (Ya empiezo
 á entender...)

INES. Y mi marido?

BEN. (Dos mil reales el vestido
 y ocho mil el aderezo!)

D. MIG. Dama postiza. Testigos
 de esta farsa de teatro
 serán solo tres ó cuatro
 de mis íntimos amigos.
 Les doy mañana un almuerzo,
 y tú serás—qué te cuesta?—
 la reina de nuestra fiesta.
 Convéncela tú, mastuerzo. (A Benito.)

BEN. Tratándose de una farsa
 que no ha de salir de aquí...

INES. Pero ¿qué dirán de mí
 los que entren en la comparsa?

D. MIG. Ninguno te vió jamás;
 tu nombre será supuesto,
 y puro, cándido, honesto
 el amor que finjirás.

INES. Puro amor... qué desatinos!
 ¡Y en traje de archiduquesa
 me sienta usted á una mesa
 de jóvenes libertinos!

D. MIG. Dios, Benito y tu conciencia
 te absolverán.

BEN. (Pobre chica!...
 diez mil!...)

INES. Y ¿cómo se explica
 mi dudosa procedencia?

D. MIG. Les diremos, pues Benito
 me apoya en el plan que adapto,
 que soy el héroe de un rapto
 y tú el cuerpo del delito.
 Te diré el como y el cuándo...

INES. ¡Y esto lo escuchó un marido
 sin bramar!... Yo nunca he sido
 género de contrabando.

BEN. Pero si todo es quimera!...
 Has cuenta, querida Inés,
 que vamos á hacer los tres
 una comedia casera.

D. MIG. Jóven de ilustre prosapia,
 tú estabas en las Salesas:
 vencida de mis promesas
 me citas, salto la tapia...

INES. Y dejando el santo rezo
 me escapo con un querido...

BEN. (Dos mil reales el vestido
 y ocho mil el aderezo!)

D. MIG. Mas la esperanza te guía
 de honesta y placida union.

BEN. La boda es el pabellon
 que cubre la mercancía.

INES. ¿Qué boda, qué pabellon,
 si ya, en hora que maldigo,
 me casé, infame, contigo?

BEN. Te pesa?

INES. Sí, gran...
 BEN. Chiton!

D. MIG. No serás mañana Inés,
sino la hermosa Adelaida,
hija de don Pedro Albaida,
rico hacendado de Uclés.

INES. Qué, señor! ¿así se juega
por un capricho—qué horror!—
con el nombre y el honor
de un casa solariega?

D. MIG. No hay tal Uclés ni... Estás loca?
no son nombres verdaderos
los que oyes; son... los primeros
que me han venido á la boca.

INES. Yo robada de un colegio!
Y habrá altar, y un monigote
vestido de sacerdote
que... locura! sacrilegio!

D. MIG. ¡Yo, un Tenorio, un Lovelace,
resignarme á ser consorte!
Me silbaria la corte
si tal fuese el desenlace.
No: como novio mañana
te hablaré tierno y galán;
mas... los amigos sabrán
que pienso llamarme andana.

INES. ¡Qué dirán luego...

D. MIG. De Inés
nada dirán.

BEN. Claro está.

D. MIG. Si dicen algo será
de Adelaida la de Uclés.

INES. Pero Adelaida ó Lorenza,
si yo sus pullas arrostro,
mío, señor, será el rostro
que se cubra de vergüenza.
No, no cuente usted conmigo
para esa indigna tramoya.

D. MIG. No quieres?

BEN. (Aquí fué Troya.)

D. MIG. Desairas así á un amigo!

BEN. Amigo! oh noble mancebo!

INES. Mientras conserve la vida
me mostraré agradecida
á tanto como le debo.
Huésped de mi humilde casa,
de tanto favor indigna,
vertió su mano benigna
sobre ella dones sin tasa.
Mi madre enferma del pecho,
postrada...

D. MIG. Pobre señora!

INES. ¿A qué recordar ahora?...
Yo velando el triste lecho...

D. MIG. Oh! calla...

INES. Ningun servicio
le podíamos prestar,
y no se quiso mudar
por hacernos beneficio.

D. MIG. Deja esa historia prolija.

BEN. También para mí fué un padre.

INES. Y nunca humilló á la madre,
nunca sonrojó á la hija.
Cuidó á la pobre doliente
con tanto amor como yo,

hasta que Dios la llamó
á su trono omnipotente;
y cuando de tierna edad
sola en el mundo quedé,
escudo de mi honra fué
y amparo de mi orfandad.
Y te buscó honesto abrigo
en casa de Pedro Ayala...
Solo hizo una cosa mala.

BEN. Yo!

INES. Cuál?

D. MIG. Casarme contigo.

BEN. Gracias.

INES. Es mi bienhechor.

D. MIG. Basta!...

INES. Pida, si algo vale,
mi sangre, mi hacienda...

D. MIG. Dáale!

INES. Todo, menos el honor.

D. MIG. El honor! me desespero.
Si todo es vana apariencia,
¿á qué viene esa sentencia
á lo Francisco Primero?

INES. Mas sea apariencia ó no,
mozuelas hay, don Miguel,
que harían ese papel
mil veces mejor que yo.

D. MIG. Darian mi plan al traste
con su aire procaz y chusco;
y, ya ves, lo que yo busco
sobre todo es... el contraste.
Se trata de una virtud
que ama y gime al pié del ara,
y para eso hay en tu cara
mas verosimilitud.

INES. Y por qué?—Yo pierdo el juicio!—
¿Quiere usted que contribuya
á que cubra usted la suya
con la máscara del vicio?
Por qué en esos laberintos
aunque ahora estén en boga,
se mete usted? ¿Por qué ahoga
sus generosos instintos?
Que mientan virtud los malos,
lo esplico, aunque lo condeno;
mas fingirse malo el bueno,
gusto es que merece palos.

BEN. Eso es decirle una fresca. (Ap. á Inés.)

INES. Quita, que me das horror!

BEN. Perdónela usted, señor;
no sabe lo que se pesca.

D. MIG. Tú te inquietas sin motivo;
tu tenacidad me aflige;
tú no sabes lo que exige
la sociedad en que vivo.

INES. Pero, señor, ¿qué cuidado...

D. MIG. Si á mi socorro no acudes,
voy á quedar, no lo dudes,
comprometido... afrentado.
Tengo anunciado el festin
que ha de darme tanta fama;
y si le falta la dama,
¿qué será del paladin?

Será preciso que aguante
la rechilla universal
y seré en la capital
un pária, un judío errante.
Oh! quiero antes un presidio
que tan funesto revés.
Por Dios, Inés!... Mira, Inés,
que este es caso de suicidio!
Lo oyes, corazón de hiena?
Jesús!... quisiera morirme!
Basta! Adios!...
No, señor. Firme!
(*En voz baja deteniéndole.*)
D. MIG. Por mí se acabó la escena.
Convince tú á la inhumana,
(*En actitud de quien se dispara en la sien una pistola.*)
ó un tiro...
Oiga usted...
No quiero.
Tomo el tilburí, y te espero
en la fuente castellana. (*Váse por el foro.*)

Escena III.

INES. BENITO.

BEN. Fiel á la nupcial coyunda,
pero terca como un mazo,
no sé si darte un abrazo
ó sacudirte una tunda.
INES. Calle! Con esas á mí?
Ni á la tunda me resigno,
ni de mis brazos es digno
un hombre tan baladí.
BEN. Hablemos con calma Inés;
ten un poco de chirúmen.
Qué nos piden en resúmen?
Que hagamos un entremes.
También con horror y grima
saltaría yo hasta el techo,
cara Inés, si á vías de hecho
pasase la pantomima:
mas ¿qué arriesga entre esos mozos
tu virtud impertinente?
¿Te piden mas contingente
que lágrimas y sollozos?
Y sin el menor tropiezo
ganas por de pronto un gaje...
INES. ¿Cuál?
BEN. Dos mil reales el traje
y ocho mil el aderezo!
INES. ¿Y por el vil interés,
infame...
BEN. No hay tal infamia.
Aparente es la bigamia
y Adelaida no es Inés.
¿Cómo á desairar te atreves
á ese mismo cuyo nombre
tanto has bendecido? ¡A un hombre
á quien todo se lo debes!
INES. ¡Poner mi cara al servicio
del vicio que le estravía!

BEN. No es vicio, es hipocresía;
la hipocresía del vicio.
INES. Mas con tal solicitud
¿por qué abochornarme á mí
que nunca hipócrita fui
de vicio ni de virtud?
BEN. Tu tonillo me dá espanto,
porque voy temiendo ya,
que, á ser de veras, quizá
no lo sentirías tanto.
INES. Claro está.
BEN. ¿Cómo...
INES. Pues necio,
sí, aunque honrada soy mujer,
¿cómo me puede ofender
el amor mas que el desprecio?
Se escusa el amante arrullo,
obtenga ó no galardón,
mas nunca espere perdon
el que hiera nuestro orgullo.
No me ha tentado el demonio
todavía...
BEN. Ay, San Vicente!
No quiera Dios que te tiente.
INES. Siquiera este matrimonio!
Mas si, tomando otro sesgo,
llego á olvidar mis deberes,
no pecaré por poderes
sino de mi cuenta y riesgo.
BEN. ¡Por Dios, querida, no trueques
los frenos! Nadie conspira
contra ti, todo es mentira;
nadie te manda que peques.
Todo es un pueril capricho;
mas si no sale con él
se matará don Miguel:
sí, lo hará como lo ha dicho.
Y él aguarda tu respuesta
y he de llevársela yo,
y si se reduce á un no,
tal vez me será funesta.
El tiene malas cosquillas
y puede...
INES. Eso es lo de menos.
BEN. ¿Verás con ojos serenos
que me rompa las costillas?
INES. Sí.
BEN. El corazón me desgarras,
cuando esperaba regalos...
INES. Así harás bondad á palos
como el médico de marras.
BEN. Un nó es tremendo vocablo
y, si he de hablarte de veras,
yo...
INES. (*Con despecho y desviándose de Benito.*)
Pues dile lo que quieras
y cargue contigo el diablo.
BEN. ¡Oh mujer fina y constante
digna de laurel eterno!...
(*Acercándose.*)
Permite á un esposo tierno...
(*Al tomar la mano de Inés, esta le dá un bofetón.*)

INES. Quita allá.
 BEN. Fump!
(Tentándose la megilla y haciendo una contorsion.)
 Salvo el guante.
(Con risa forzada.)
(Se continuará.)

EL LEPROSO.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ELOISA GATTEBLED DE SANTA COLOMA.

Y yo tambien tenia un amigo, digno de este nombre sagrado que tantos profanan; un amigo mas raro y mas precioso que todos esos amigos del mundo. No era el vil motivo del interés quien le unia á mí. ¿Se atreverá alguien á decir otro tanto entre los hombres? Los dos estábamos unidos por el doble lazo de la sangre y del dolor.

Y me ha sido arrebatado cuando su presencia y su apoyo me eran mas necesarios; cuando principiaba á embriagarme con sus consuelos. Solo he seguido este camino desnudo, escarpado, solitario, sin apoyo para descansar, sin fuente para refrescarme, sin objeto cierto para animarme.

La he llorado mucho largo tiempo; mis ojos la han dado todas sus lágrimas, mi corazon todos sus sollozos. Su imagen estaba dia y noche delante de mí con el fin de que el sentimiento de haberla perdido fuera sin intervalo ni tregua. Cuando yo dormia, mi dolor velaba; la volvía á encontrar en mis sueños.

Aquella época de mi vida fué tan triste y dolorosa; se creerá que despues he llegado á echarlo de menos? Entonces sin duda los dias se pasaban con sentimiento, con gemidos; pero siempre se pasaban.

Ay! el mismo dolor se ha cansado de habitar conmigo; ha huido, me ha dejado solo, absolutamente solo. Cuánto he extrañado este estado de completo abandono!

Hasta aquel momento, el recuerdo de mi hermana habia absorbido todos mis pensamientos; desde entonces he podido echar una mirada sobre mí mismo, y ha sido espantosa. Sobre mi cuerpo, la lepra; mi fiel compañera que á lo menos no me abandona jamás. En mi interior, debilidad y desaliento; incapaz de la mas ínfima virtud, odio á los hombres y (¿lo oireis sin estremecerlos?) odio á Dios! Si! en medio de mi desesperacion, me habia atrevido á blasfemar el nombre de Dios que me habia arrebatado á Maria sin atender á mis ruegos, sin compadecerse de mi desgracia. El Eterno quiso vengar su nombre blasfemado y me entregó á mí mismo.

Ya no era pues, mas que un monstruo, un ser degenerado entre los hombres, de los que no me atrevia ya á decirme semejante. Me avergoncé del estado de humillacion en que habia caído, y me escondí. Me ha sucedido muchas veces pasar dias enteros tendido en el suelo en un rincon de mi celda. Los ojos clavados en el cuadro siempre presente de mis miserias, pasando de una en otra y examinando sus menores circunstancias; empenándose en aumentarlos, con el fin de aterrarme.... Ah! cuán largos y penosos eran aquellos dias!....

Mas la necesidad, siempre unida á los pasos de los hombres desdichados, se ofreció á mi vista terrible y amenazadora. No podia contemplar sin estremecerme los sucios andrajos y las mejillas hundidas de aquella furia despiadada. El trabajo se presentaba como único recurso, y estaba cansado, fatigado del trabajo, así como de todo lo demás.

Era necesario vencer mi repugnancia, pues no se puede capitular con la necesidad. Probé, esperando además por este medio, dar alas al tiempo y desembarazarme por un momento de aquellas ideas importunas y de desesperacion que me rodeaban, me atormentaban durante las horas largas de inacción y displicencia. Ponia manos á la obra, pero apenas habia principiado, cuando, harto del trabajo, tiraba mi azada con enfado, y me dejaba caer al pié de un árbol. Entonces todas las ideas que habia tratado de ahuyentar, semejantes á los mosquitos que se espantan, volvian á sitiarme en tropel. Se desarrollaban á mi vista, parecidas á figuras siniestras y espantosas sobre un velo oscuro con que me veia envuelto, y por medio del que me parecia ver á lo lejos hombres alegres que corrian acá y acullá; vírgenes que bailaban y niños que jugaban y retozaban.

«Sí, pensaba yo, mientras me consumo aqui, miserable y abandonado, cuántos hombres van y vienen corriendo tras de la fortuna, serien, cantan y se divierten, sin afligirse porque en el fondo de un desierto existe un desdichado para quien las horas de placer y de alegria son otras tantas horas penosas y mortales! ¡Cuán felices son! Su vida se pasa como un sueño rápido, brillante, agradable; llegan al fin del dia, cuando apenas pensaban se habia principiado. ¿Cómo es que el sol, tan pronto en medir sus dias, es aqui siempre lento y estacionario? ¿El tiempo no es igual para todos?

«En otro tiempo, sin embargo, hubo una época de mi vida en que estaba en medio de ellos, alegre, contento, apateciendo los goces. Mis amigos, y yo, solo pensábamos en divertirnos, y las horas huian y volaban. Entonces éramos enteramente iguales, en lo exterior al menos. Era hombre como ellos: como ellos ansioso de felicidad. Hé aqui que un dia un monstruo horrible, infernal, ¡la lepra! se agitó sobre nuestras cabezas, en el salon de los regocijos! necesitaba una víctima. Me escogió con preferencia; señaló mi frente con su dedo impuro! Entonces he sido

arrojado con horror y desprecio, y mis amigos han seguido con quietud sus fiestas y sus bailes.

«Y sin esto ¿quién sabe cuál hubiese sido mi suerte? Habitaría acaso todavía en el seno de mi patria, la casa de mis padres. Al rededor mio vería una esposa, hijos que me respetarian y amarian, sobre los que me complacería en deramar toda mi ternura; cada grito de mi corazón hallaría un eco que le contestase, y mis años correrían tranquilos y envidiados á la sombra de la paz y de la felicidad.... Oh! podía yo dejar de ser dichoso si hubiese pasado mi vida amando?»

«Y en vez de toda esta felicidad, ¿qué veo al rededor mio? Soledad, indiferencia... Nunca sentiré estremecerse mi corazón al oír los dulces nombres de padre y esposo! Jamás podré amar porque los resortes de mi sensibilidad se han consumido sobre un sepulcro!... Además ¿quién querría un amigo semejante? ¿Quién amaría a un leproso?»

Después de estas ideas, venía un desaliento total, una desesperación profunda, concentrada, silenciosa. A este tormento se mezclaba á veces una especie de remordimiento, el recuerdo de un Dios vengador á quien había ultrajado. Entonces mi imaginación espantada, se turbaba, me creía ya lanzado en la eternidad, y gritaba temblando de terror: jamás! jamás!

Hacer una relación exacta de todo lo que he experimentado, de aquel suplicio indefinible que se ha repetido con uniformidad durante una larga serie de años, es para mí una cosa imposible. Mi imaginación se pierde en ese horrendo caos de tedio, disgusto, desesperación, insensibilidad, tormentos morales y físicos. Oh! sí, físicos! pues en medio de aquella lucha encarnizada de penosas sensaciones, la lepra no dormía, y lo peor en aquel estado era que aquellos tormentos por amargos que fuesen, no podían hacerme olvidar la soledad.

Mi corazón era totalmente pasivo, se dejaba herir, desgarrar, como el cordero que el victimario degüella; mi espíritu agoviado ni sabía encontrar valor ni consuelo; mi razón casi apagada había degenerado en instinto. Vegetaba como un bruto sentado ó echado, murmurando, bramando. Todos mis sentidos dormían; pero con un sueño horroroso!

Salí poco á poco de ese profundo letargo, y sentí nacer en el fondo de mi corazón un sentimiento, un deseo, al principio vago, indeterminado. Me sucedía muchas veces, entre sueños, verme trasportado á un bosque florido y sombrío. Grupos de hombres se acercaban á mí con aire de interés, y me preguntaban quién era. Entonces les suplicaba se sentasen sobre la yerba, les contaba mi desgracia, parecían compadecerse de ellas y me decían con los ojos arrasados de lágrimas: «Pobre leproso!» Oh delicia! se lastimaban de mí... pero cuando despertaba, me decía con amargura: «No es mas que un sueño!»

Estos sueños volvían á menudo; entonces pude explicarme los sentimientos que me agitaban.

Muchas veces además, en medio del día el mas pequeño ruido que percibiese por fuera, me causaba latidos de corazón extraordinarios. Si el viento agitaba una hoja mientras yo andaba, heme aquí, de repente, la mirada fija, inmóvil, jadeando: «si viniese uno!» esclamaba en el enagenamiento de mis deseos y aguardaba... pero cesaba el viento, la hoja callaba, y me decía con despecho: «ninguno vendrá!»

Ninguno vendrá!... Oh! ignoran que en el fondo de este valle desierto se consume un desdichado, ó la indiferencia los aparta de estos sitios.... Ah! si fuese yo mismo á buscarlos, si me presentase en medio de ellos, acaso.... «Miserable! me gritaba la lepra con su voz infernal, ¿te olvidas de que te he señalado en la frente?»

Aquellas palabras fulminantes me aterraban; de rabia me hería la frente. Qué! no veré jamás á ninguno? Es posible? Jamás!... Moriré en la soledad sin que se hayan compadecido de mí, sin haber arrancado una lágrima! Y para aumentar mi tormento aquella pasión de simpatía crecía y se exaltaba con los obstáculos; se había hecho una necesidad: una necesidad urgente, tiránica, irresistible.

Y era menester renunciar á satisfacerla! Esta idea me despedazaba, me ponía en el suplicio.

Sí, lo era muy terrible: y quieres, lector, formar idea de él? Si se te presentase en un calabozo murado, un desdichado, con la vista estraviada, las mejillas pálidas y hundidas, bregando contra el hambre que le roe, bien seguro de que las paredes son impenetrables, y que allí está un sepulcro; viendo á lo lejos adelantarse la muerte, pero con pasos lentos, para prolongar su agonía, acaso te estremecieras. Pues bien! figúrate un estado semejante; pero en el que el corazón es quien padece y tiene hambre, y comprenderás mi suplicio. Era una verdadera hambre, eran los mismos tormentos, las mismas angustias.

Y yo por muy distante que fijase la vista no podía aun vislumbrar la muerte, y me decía furioso: «Esta agonía de hoy se prolongará mañana, mas allá y siempre!...»

Mi habitación se me hizo odiosa é inaguantable. Estaba disgustado; por cualquier parte que miraba siempre veía los mismos sitios: todos traían á mi memoria melancólicos recuerdos, pues no había uno solo que yo no hubiese impregnado de jémidos. ¡Cuánta prisa me hubiera dado en huir de ellos!... Pero un lazo santo y sagrado me detenía todavía allí; aquellos lugares encerraban la tumba en donde descansaba mi hermana, y hubiera sido criminal al abandonarlos.

Me era imposible, sin embargo, agitado cual lo estaba, permanecer tranquilo en mi choza. Semejante á un río crecido de repente cuyas levantadas ondas pugnan por trepar la orilla é inundar las praderas, necesitaba un vasto espacio, montes, valles en donde poder mas libremente luchar con mi desesperación. Principié, pues, á correr lo mismo que un insensato por medio de las montañas; pasando allí muchos días ente-

ros, sin sentir el hambre ni la sed, olvidado de de mí mismo. Entraba por la noche en mi cabana abrumado, no pudiendo mas, y el cansancio me adormecía.... Era al menos un medio de huir de la existencia.

Si en mis correrías hubiese percibido á lo lejos un ganado, ¡cómo hubiera echado á correr hacia él! El pastor no podía estar lejos; habria pasado, y yo oculto detrás de una roca ó sobre las ramas de un árbol me hubiera saciado con delicia en contemplarlo. Pero por mas que corria jamás divisaba ni ganado ni pastor: aquellos collados estaban tan secos, tan áridos! Sus entrañas surcadas y desnudas tenian un aire de pobreza y miseria que daba angustia: cualquiera hubiese dicho que les habia pegado la lepra.

Entonces imputé al cielo mi desgracia, y le acusé de tiranía. «Es un gusto para él, decia en mi despecho, cuando tiene á mano á un desdichado, herirle golpe sobre golpe, despedazarle poco á poco, saciando en él toda la furia de su odio! ¿Qué trabajo le habria costado al inhumano dejarme ver á un hombre? A uno tan solo!» Mas el cielo me oyó, y aquella vez por desgracia mia me atendió. No le pedia mas que uno, me concedió dos.

Un día me habia alejado mas que de costumbre; el sol poniente me sorprendió en el interior de un valle bastante desviado de mi habitacion y al que nunca habia ido. El primer impulso me hizo subir á lo alto del cerro para reconocer el sitio en donde estaba; mas cuando llegué á la cima ya era enteramente de noche y al rededor mio nada distinguia.

Era imposible seguir mas allá, á no esponerme á sumirme en algun precipicio. Confieso que no pude contener un sentimiento de terror, viéndome solo y perdido en aquella inmensa extension de oscuridad, en donde mis miradas se perdian como en la eternidad; en donde todo era horror y silencio, en donde oia de vez en cuando únicamente el ruido sordo de un trueno lejano! Pensaba pues que allí era donde tenia que pasar la noche, en un pais desconocido, sin armas para defenderme de las fieras y sin abrigo para resguardarme de la tormenta que principiaba á sonar.

De repente el viento sopló con fuerza, y oí del lado opuesto á la montaña, un ruido de hojas que se agitaban; pero un ruido prolongado y muy próximo. Habia un bosque á poca distancia sobre el declive del cerro. Esta idea me animó. Me diriji hacia aquel lado, explorando el terreno y andando á tientas.

Una vez entrado en el bosque, me paré al pié de un árbol corpulento: aqui acaso estaré un poco al abrigo debajo de sus ramas. Una idea hirió mi imaginacion. Si mientras duermo algun animal carnívoro.... ¡Bien, que venga! ¡Al fin no hará mas que libertarme de una carga pesada!.... y me acosté.

Aquella noche tuve un sueño.

Era día de año nuevo. Estábamos mi hermanita y yo (no tenia mas que siete años y ella cin-

co) al lado de la cama de mi madre que dormia aun: aguardábamos que despertase.

Estábamos cogidos de las manos guardando un silencio religioso, respirando apenas por temor de despertarla, inmóviles y con los ojos fijos sobre aquella cara en donde estaban retratadas la dulzura y la bondad. Al mas pequeño movimiento latian nuestros corazones; la mano de Maria estrechaba la mia.

Aquella pequeña Maria, con su vestido blanco y su cinturon de color de rosa, sus cabellos rubios y su aire angelical: ¡qué hermosa miniatura! Me hallaba feliz en tenerla por hermana y me sonreia de contento por estar á su lado.

Nuestra amada madre despertó; entonces la leí unos versos que yo habia compuesto: las primeras palabras inspiradas por mi corazon y que habia escrito mi mano. Mi voz temblaba leyéndolos.

Mi madre nos abrió sus brazos y nos precipitamos en ellos. ¡Cuán conmovida estaba! Lloraba aquella tierna madre. «¡Pobres niños, nos decia, ojalá os bendiga el cielo en recompensa de vuestra ternura! ¡Oh, sereis muy dichosos.... sois tan buenos hijos!....»

Despues como por encanto, me hallé en un salon brillante, lleno de gentes y de luces. Todos me festejaban y acariciaban; me daban dulces á porfia y me decian aquellas cosas agradables y lisonjeras que tanto halagan al corazon de un niño. Sin embargo, los escuchaba sin gusto y no correspondia á sus caricias. Habia en sus estudiados modales cierto aire de afectacion mal disimulada, que me chocaba; me parecia que se burlaban de mí, y ya que no podia hacer otra cosa, les ponía mala cara y les manifestaba toda mi repugnancia para apartarlos; mas ellos aparentaban no apercibirlo, y me acariciaban á pesar mio.

Mi madre salió de la habitacion, la vi marchar con sentimiento. Quería seguirla; me lo estorvaron.

Sin embargo, los cantos, los bailes, la música seguian; todos estaban alegres, menos yo. Triste é inquieto en un rincon, solo y como olvidado permaneci; pues desde que mi madre habia salido los miserables me abandonaron.

Empezaba el llanto á humedecer mis ojos; quise llamar á mi madre. De pronto las luces perdieron su brillo, se levantaron todos con gesto amenazador, sus fisonomías aparecieron duras y sombrías; me dió miedo, lancé un grito: en aquel momento todas las luces se apagaron y desperté.

Saliendo de este sueño, me parecia ya despierto estar bajo la influencia de otro. ¡Cuál fué mi sorpresa viéndome solo en medio de un bosque fresco y verde! Yo, cuya primera mirada caía todos los días sobre una pared tosca y ennegrecida por el humo, y que acostado debajo de un árbol frondoso, al través de cuyas ramas mi vista descansaba sobre el fondo azul y transparente de ese cielo que se halla tan hermoso cuando uno es feliz, quedé así largas horas inmóvil como una estatua.

Quedé algun tiempo sin poderme dar cuenta de lo que me habia traído á aquel sitio, sin querer tampoco recordarlo; pues mi imaginacion preocupada aun por lo que habia visto durante el sueño, se oponia á salir de él. Pasaba sucesivamente de la habitacion medio sombría de por la mañana, al salon brillante de por la noche: luego al lado de la cama de mi madre. Me parecia oirle todavía decirnos: «Sereis dichosos.» ¡Oh madre mia! Y sobre todo aquellas gentes del salon con sus maneras repugnantes, su voz melosa y ceño fatídico; no podia recordarlas sin indignacion; el furor hacia temblar mis miembros. ¡Miserables! exclamaba; si los viese ahora, me complaceria en aniquilarlos como gusanos.

Y en aquel mismo instante, por una casualidad particular, una música campestre se dejó oír en el fondo del valle. «Todavía una fiesta. Dios mio!!» En cualquiera otra ocasion aquel encuentro me hubiese llenado de alegría, pero entonces estaba indignado contra los hombres; me los representaba á todos como los que acababa de ver, malos, falsos, siniestros.

Me preparaba á huir, cuando el rumor de unas pisadas se dejó escuchar á poca distancia; me paré incapaz de dar un paso mas, estremeciéndome no se si de alegría ó de furor: estaba agitado, trastornado. «Se acercan, ocultémonos!» Y me arrojé sobre un monton de malezas.

Conforme se iban acercando, sentia los latidos de mi corazon aumentarse con violencia; mis ojos aun no podian percibir á los que venian, pero sus voces resonaban en mis oidos; una de ellas era tierna y suave; la otra varonil, pero llena de dulzura. Se dejaron ver por fin, y un grito de admiracion espiró en mis labios. ¡A la verdad era una bella pareja! Sobre sus rostros brillaba la alegría y la felicidad. ¡Cuánto mas hermosos me hubieran parecido si hubiesen parecido desgraciados!

Oí al pastor (creo que era uno), decir á su compañera: «Déjemosles reir y bailar; verás como ni siquiera notan nuestra ausencia. Con tal que tengan cantos y juegos, ¿qué les importa lo demás? Pero nuestro corazon necesita sosiego para gozar y esplayarse. ¿No encuentras que el tuyo estaba mortificado y violento en medio de aquel tumulto tan alegre? ¡Oh! la soledad es deleitosa ¿no es cierto?»

¡La soledad! ¡Llamaba á aquello soledad!!..

«¿Por qué interrogarme? sabes que nuestros corazones no tienen mas que una voz. Pero estoy muy cansada; descansenos, te lo suplico; mira, debajo de aquel árbol corpulento; es el mas hermoso y el de mas frondosidad.»

Se acercaron al árbol que yo acababa de dejar.

«La yerba está hollada, contestó el pastor, ¿quieres escojer otro sitio?»

«¿Qué importa? Tal vez algun infeliz habrá pasado aquí la noche por falta de albergue. Ven, ¿por qué esa repugnancia? El asiento de un desdichado queda bendito.»

«¡Menos el del leproso!» Yo tambien tomaba parte en el diálogo, sin hablar.

«¿Quién sabe, prosiguió, lo que se habrá hecho ese desgraciado? Falto acaso de todo, anda vagando con su miseria y su desesperacion; mientras nosotros nadamos en la felicidad.»

«Deja, te suplico, esas ideas tan tristes. Seamos felices cuando podemos serlo. ¡El tiempo de la felicidad es tan corto! ¿Para qué abreviarlo?»

Hé aqui como son todos esos dichosos: egoístas y avaros hasta de sus pensamientos. ¡Ojalá, hombre de corazon frio y duro, con la felicidad halles tambien la lepra sobre aquella yerba que he marchitado! Se lo deseaba de todo corazon.

Y seguian su conversacion con la mayor quietud, como si tal cosa, tomándose, por decirlo asi, por confidente de su amor: yo no perdonaba ni una sola palabra. Estaba ya cansado de aquel coloquio: todos esos pormenores, sobre los que se complacian en estenderse, podian parecerles llenos de encanto sin duda, ¡pero y yo... yo era extraño á ellos!

Afectaban ostentar toda su felicidad á mis ojos. Besos de fuego, caricias tiernas, palabras mas tiernas todavia.... Presentad á un condenado toda la felicidad del cielo para agriar su desesperacion; y hé ahí una idea de lo que aquella vista me hacia padecer. Todos los tormentos del infierno parecian reconcentrados en mi corazon: los celos me roian las entrañas y me daban deseos de turbar aquella felicidad. Estaba dominado de malos sentimientos. No hay como los celos para hacer del mejor corazon un corazon infame.... Me parece que los hubiera matado á puñaladas y lentamente, con el mayor placer; y á ella tambien aunque mas compasiva. ¿Podia yo perdonarle que era feliz?

Mas ellos, no parece sino que se complacian en prolongar mi martirio, en desgarrar mi corazon en todos sentidos. Un movimiento se me escapó á pesar mio y les oí decirse: «¡No estamos solos!»

«No, no estais solos, exclamé precipitándome hacia ellos y enseñándoles mi rostro horroroso. Estaba cerca de vosotros un ente que no sospechábais tener tan próximo, y á quien habeis martirizado sin compasion. ¡Mas temblad en medio de vuestra felicidad! Este ente es un leproso, y él es quien ha pisado la yerba!... Oh! por mas que corrais, la lepra sigue vuestros pasos; ella es tenaz!»

Yo no los veia y mi maldicion volaba tras ellos: los gritos del odio y de la envidia los perseguian aun. Por fin me faltó la palabra y quedé aterrado, aniquilado.

A esto los cantos y la música habian cesado; sin duda habian oído mis gritos é iban á venir hacia donde yo estaba. No quise esponer mi fealdad á su irrisión y eché á huir.

Te dejo, lector, acaso principio á causarte tambien horror.

ALGUNOS AÑOS DE INTERVALO.

A las puertas de la eternidad, vengo á dar un último adiós á mis hermanos, pues ya me he reconciliado con los hombres.

Algunos años han producido en mí una gran mudanza.

Ya no soy el hombre de la soledad, el hombre del abatimiento, de la rabia y de la blasfemia.

Si he estado solo tanto tiempo, ha sido porque así lo he querido. Despues de la muerte de mi hermana, Dios me abría los brazos como un padre. He apartado la vista ultrajándolo: me ha castigado con rigor, pero con el rigor de un padre para hacerme volver á él. Desde el fondo del abismo le he llamado; ha oído mi voz, y el sosiego, si no la felicidad, ha vuelto á entrar en mi alma.

Oigo á la muerte que me pregunta: «¿Estás pronto?» He sido demasiado desventurado acá abajo, para no morir con confianza. Sin embargo, mis últimos momentos son tristes. ¡Siempre solo! ¡Nadie á mi lado para cerrarme los ojos cuando deje de existir!

A tí, pues, pido encarecidamente, oh! á tí, el que balles estos anales de la desgracia, si me compadece, que reunas mis restos mortales á las cenizas de mi hermana. Este es mi último deseo, es la única cosa que al tiempo de morir exijo de tu compasion.

Y ahora digo á la muerte: «Estoy pronto.»

ELOISA GATTEBLED DE SANTA COLOMA.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Lujuria Castidad.

I.

EL ANIMA SOLA.

Llamábase el tal Lotario, y para amorosos lances nadie le iba en los alcances, de ardiente y de temerario. Iba tras de las devotas á las iglesias rezando, con opulentos estando gastaba con manos rotas. Y era en todos los partidos entre rondas y querellas el *cucú* de las doncellas y el *coco* de los maridos.

ZORRILLA.

En uno de los cafés mas concurridos de la antigua cuanto ilustre ciudad de Salamanca, se reu-

nian todos los dias cuatro ó cinco amigos, que colocados en derredor de una mesa cuadrada, cubierta con un tapete verde bastante raído, pasaban hora tras hora embebidos en el severo *tresillo* y la clásica *se cansa*.

Aunque ya bastante avanzada la primera mitad del siglo XIX, no habia llegado aun la época de la última esclaustracion, y las gigantes bóvedas de Santo Domingo y San Bernardo, habitadas despues por una colmena de pordioseros, resonaban todavía con los cánticos de centenares de religiosos que, á sus muchas obras buenas, añadian la de cuidar con el mayor esmero los magníficos trabajos de escultura y de arquitectura que encerraban sus claustros, tan bárbaramente profanados en nuestros dias.

En aquella época, feliz acaso bajo mas de un concepto, la política entraba por muy poco en las conversaciones públicas, y cuando entraba, lo hacia en voz baja, y velándose como una niña proscripta que teme hacer su segunda salida en el mundo. Es verdad que ya se oía pronunciar de vez en cuando la palabra emancipacion, y que se hacian varias alegorias á la libertad; es verdad que un ruido sordo y continuado anunciaba al pueblo que España dormía ya sobre un volcan.... pero aun dormía.

En los pueblos pequeños no se hacia nada, no se pensaba en nada. En las ciudades, el juego y las intrigas amorosas absorbían casi todo el interés general, y por eso hastiados de beber, y cansados de jugar, concluían siempre los ociosos por hablar de las mujeres y referir estensas crónicas á cual mas escandalosas.

—Amigos, dijo uno de los jugadores, recogiendo los naipes y arrojándolos sobre la mesa; basta de tresillo por hoy.... ¿sabeis que aquella joven blanca y rubia como un querubín, se ha dejado prender en las redes de oro que el capitán de Guardias supo tender á su virtud?

—Virtud! virtud! respondió con sarcasmo un opulento solteron, cuya pechera de encaje, adornada de diamantes, hacia adivinar un aristócrata del antiguo régimen; virtud! ¿y creéis acaso en esa beldad mitológica?... Ah!.... ah! la virtud es hembra, y como ellas coqueta y amante de lo bello.... no me interrumpais.... yo comprendo que pueda encontrarse alguna vez una sombra de virtud entre las favorecidas por el destino, que ni sufrieron privaciones, ni sintieron en su vida un deseo que no fuese satisfecho: pero la virtud necesitada, con un rostro bonito y veinte años de edad, es lo que la naturaleza ha hecho imposible.

No sorprendió tamaña blasfemia á los jugadores, acostumbrados sin duda á las disertaciones materialistas de D. Félix de Salazar, que así se llamaba el solteron, y emprendieron una reñida polémica, que concluyó por ofrecerles D. Félix un refresco magnífico si no conseguía en breve presentarles un ejemplo vivo de sus doctrinas filosóficas.

—Dadme una criatura pura como un ángel, dijo al fin levantándose y envolviéndose en los anchos pliegues de su capa azul, y si es pobre, joven

y hermosa, el oro la convertirá muy pronto en un ángel caído.

Era D. Félix de Salazar de hermosa presencia y simpático rostro, bien que su edad frisaba ya en los cuarenta y cinco años, y que su barba un tanto saliente demostraba muy á las claras la falta de algunos dientes.

Aristócrata por nacimiento, elegante por costumbre, socialista por convencimiento, gastaba como los primeros chorrera de encaje y caja de oro: vestía como los segundos con todo el rigor de la moda, y entraba con el mismo desembarazo en los suntuosos palacios de la calle de la Trinidad, que en el mas oscuro rincón del barrio de los Milagros.

Franco hasta tocar en la prodigalidad, era al mismo tiempo ciegamente apasionado por las mujeres, y aunque como vemos, no creía en la existencia de la virtud, sentíase capaz de subir de rodillas las colinas de Roma para alcanzar una sonrisa de la mujer amada.

Su ama de gobierno, como casi todas las amas de los solterones, tenía en la casa un poder absoluto, basado en el antiguo cariño de su señor. Pero como sabía de memoria que sus dos antecesoras habían obtenido la misma privanza, siendo sucesivamente reemplazadas por otra mas joven, doña Juliana, que así se llamaba el ama de gobierno, había concluido por aborrecer á toda mujer que fuese hermosa y no pasara de veinte y cinco años; temible talisman que debía arrancar de sus manos el cetro del despotismo doméstico.

Desde el día en que se había suscitado la polémica acerca de la virtud, andaba D. Félix inquieto, y como suele decirse, á caza de aventuras. Su compostura ravaba en amaneramiento, y su rostro, en el que brillaba siempre la triple espresion de opulento, aristócrata y libertino, estaba mas hermoso que nunca.

Paseábase una tarde con sus cuatro amigos de tresillo, bajo las magníficas arcadas de la Plaza Mayor, ocupándose, como siempre, de juegos y amores, y estableciendo su paseo desde la acera que va desde la calle de Herreros á la de los Consejos, cuando llamó su atención un grupo de jóvenes costureras que alegres y bulliciosas, como palomas campesinas, se dirigían por los portales de la Plaza hacia la embocadura de la calle de la Trinidad, hablando en voz alta y salpicando su animada conversacion con ruidosas carcajadas y plácidas sonrisas.

Nada en verdad mas seductor que la vista de aquel grupo de seres, al parecer felices, con sus veinte años, sus vestidos de colores fuertes y sus lindos cabellos cogidos graciosamente sobre las sienes en grandes rizos, sujetos con doradas angulemas, según la moda de entonces.

—Las modistas! exclamó uno de los jugadores dirigiéndose á D. Félix; las modistas! magnífico rebaño por cierto!

—Excelente! dijo el solteron examinando con ojos de gavilán aquellas figuras esbeltas, que tenían toda la flexibilidad de la primera juventud.

Los cinco amigos echaron á andar detrás del grupo, apretando el paso para llegar antes que ellas á la embocadura de la calle.

Colocados bajo el arco que da entrada á la calle de la Trinidad, contemplaban á su sabor la gentileza y donaire de aquellas hijas predilectas de la alegría y el buen humor, cuando el joven que habia hablado antes les llamó la atención hacia una de ellas que cerraba el grupo; lindísima muchacha en quien no habian reparado hasta entonces.

Era esta una joven de unos diez y ocho años, de semblante angélico, con grandes ojos aterciopelados, y magníficos cabellos lisos cogidos sencillamente hacia atrás, con un peine de asta rojizo y deslustrado. Su vestido de lana negra, raído ya y apiezado por todas partes, solo podía servir en fuerza de un estremado aseo, y merced á un pañolón de lana verde que le cubría en su mayor parte.

Esta joven formaba tal contraste con sus compañeras, que no era posible creer que tuviesen el mismo oficio, la misma edad y hasta el mismo taller. Los vestidos almidonados de sus compañeras llenaban los portales, el suyo la envolvía como un sudario, proclamando su escasez de ropas interiores; aquellas iban alegres y reunidas mirando á todas partes y contestando á todos, ella caminaba despacio sin mirar á ningún lado, sin hablar á nadie, y siendo el objeto de las burlas de las otras, que no podían comprender una tristeza de diez y ocho años.

Lo único que llevaba en armonía con las demás, eran las doradas angulemas que sujetaban sus grandes macetas de negros cabellos, porque, ¿qué mujer joven y hermosa puede mirar con indiferencia su tocado por pobre que sea?

Los ojos de D. Félix brillaron como dos carbunclos al ver aquella especie de sombra, y dando algunos pasos involuntarios hacia ella, dijo:

—Qué hermosa es!

—Bahl chocheas, respondió uno de los otros; es una cara fria, sin espresion... á propósito para una estatua de la melancolia.

—Nada mas picante, añadió otro joven, que los apodos con que se distinguen esas divinidades de taller... el vulgo la llama Azucena, pero sus compañeras la han bautizado con el nombre de *Anima sola*.

Los otros tres acogieron esta bufonada con una carcajada de las mas insolentes.

—Luego, la conocéis? preguntó D. Félix.

—Vaya!... si la conozco!... es una huerfana que trabaja de modista en el taller de la Gitana; es una beldad de las pocas que anidan en el Conejal: fria é insulsa como las estatuas de la catedral vieja.

Salazar respiró. Fascinado por aquel rostro candoroso y lleno de bondad, tenía celos de todos los que la hubiesen amado hasta entonces.

—La Gitana? exclamó al fin como recordando. .. esa modista tan elegante?

—La misma, D. Félix, y por cierto que *Anima*

sola es, merced á su indiferencia, un ejemplo vivo de la virtud que os obstinábais en negar hace pocos días.

D. Félix frunció las cejas. En aquel momento no se acordaba de la palabra dada: era en verdad vergonzoso haberla olvidado. Radiante de gozo al ver la buena ocasión que se le preparaba, iba á pedir á su joven amigo que le presentase en el taller, cuando recordó y dió un grito de alegría, exclamando:

—Ah!... la Gitana! magnífico! es la modista de mi ama de gobierno.... Señores, acepto el desafío.... Azucena.... lo entendeis? Azucena, la insensible, el *Anima sola*.... bravo.... viva la virtud.... Entretanto nuestras jóvenes modistas habían pasado ya toda la calle de la Trinidad, y formando un corro para despedirse, se hallaban detenidas al final de la calle. Azucena se había reunido á sus compañeras.

Los cinco amigos empezaron entonces á subir la calle; pero antes que se acercasen á ellas, el grupo de las jóvenes se deslizó, y cada una marchó en dirección diferente. Azucena subió sola toda la calle de Zamora y se internó después en el laberinto de callejuelas, propiamente llamado el Conejal.

Momentos después era completamente de noche.

II.

EL CONEJAL.

On cherche en vain du feu dan ma cousine
On ne voit plus la coupe du festin.
¡Triste séjour! dit l'héritier de Line!

WALTER SCOTT.

En una orilla de la ciudad de Salamanca, tocando ya á la antigua y caduca muralla, hay un barrio mezquino, formado por una multitud de casas bajas y de sucio aspecto, cuyas desvencijadas puertas y escasos ventanillos adornados con una faja de blanco, le dan todo el aire de una miserable aldea, incrustada entre dos pobres feligresías. Este barrio irregular y sombrío lleva el nombre del Conejal, y en una de sus miserables casas vivía nuestra Azucena, nuestra *Anima sola*.

Cuando llegó esta á la entrada de su pobre choza, en la tarde que dijimos en nuestro anterior capítulo, empujó suavemente una puertecilla en que había una cruz pintada groseramente con cal; entró en un pasadizo estrecho, y desapareció por una puerta que se veía á la izquierda.

Esta puerta daba entrada á la única habitación que había en la casa. Una cama de madera tosca, compuesta de un jergón de paja, y cubierta con una mala manta y dos sábanas groseras, una arca de pino ennegrecida ya por los años, y dos ó tres banquillos de madera sin pintar, componían todo el mueblaje de aquella pobre casa.

De pared á pared había una cuerda, en la que estaban colgadas una toalla y una basquiña de tela negra bastante ordinaria.

En el fondo del pasillo, y oscura como la boca

de una mina, estaba la desierta cocina, de donde aquella hermosa joven salía todos los días con los ojos hinchados por el humo.

Al ruido que hizo Azucena al entrar en casa, levantóse de uno de los banquillos una viejecita de poca talla, y al parecer casi ciega, pues echó las manos hácia adelante, como queriendo buscar al que entraba.

—Ah! eres tú, niña? dijo acercándose á la joven; ya estaba impaciente, porque está tan oscuro!... Anda, trae pronto una luz.

Azucena respondió como forzosamente algunas expresiones afectuosas y salió, volviendo á poco rato con una vela de sebo puesta en un candelero de hoja de lata, que colocó sobre el arca, y se sentó en uno de los banquillos con aire un poco mohino.

—Qué es eso, niña? le preguntó la anciana sorprendida. Cómo tan callada?

—Es que.... es que.... respondió la joven tartamudeando; no todos los días del año son iguales, abuela.

—Pero ¿qué te ha sucedido, hija mía? Tú que nunca estás de mal humor....

La muchacha bajó la cabeza y no respondió.

—Pero dime, por Dios, ¿qué te sucede?

Por toda respuesta, la joven dejó rodar por sus mejillas dos gruesas lágrimas.

—Gran Dios! exclamó la abuela asustada: ¿qué te sucede?

Azucena se levantó, y estrechando con ternura las manos de su abuela.

—Nada, no me ha sucedido nada, le dijo haciendo un esfuerzo para sonreírse.

Pero las lágrimas que brotaban en sus ojos cayeron sobre las manos de la anciana, que se retiró hácia atrás, diciendo con acento de reconvencción:

—Lloras? lloras? Ah! Mariquita, algo hay aquí que yo no comprendo.

—Abuela, contestó la muchacha sollozando: el invierno se acerca, y las dos necesitamos abrigo. Yo, joven y robusta, podré acaso soportar el frío; pero vos, débil y anciana, oh! mal podréis soportarlo.

—Y por eso lloras, hija mía?

—Escuchad: hoy, esta mañana, cuando salíamos del taller, estuve en la tienda donde pagaba dos pesetas al mes en descuento de nuestra ropa, y al pedirle para vos un pañuelo de paño ó una manta sayagüesa, me han vuelto la espalda encaminándose á otro comercio.

—Cómo! ¿pues no se mostraban siempre tan buenos contigo?

—Sí, pero no quieren darme mas, porque hace cinco meses que no hemos podido pagar las dos pesetas. Los gastos que hemos tenido que hacer con vuestro mal de ojos nos lo han impedido.

—Ah! pobre hija mía!... yo soy la causa de todas tus desgracias. ¿Cómo te vestirás ahora? Porque pagar esa deuda es imposible.... imposible....

—Imposible, repitió la joven con acento des-

consolador, porque nada podemos vender que valga dos duros.

La anciana levantó los ojos hacia la basquiña negra que colgaba de la cuerda, y se sonrió como un ciego que vislumbra la claridad; pero Azucena que comprendió su pensamiento, hizo un gesto tan espresamente negativo, que la vieja se encogió de hombros y calló.

Luego, recorriendo con la vista las paredes desnudas, escondió la cabeza entre sus manos descarnadas y empezó á llorar sordamente.

—Animo, abuela, ánimo, le dijo la jóven costurera acercándose á ella y abrazándola con amargura. Al fin despues de tantos dias oscuros vendrá Antonio, y...

—Y estaré yo en otro mundo mejor, porque ¿cómo crees que yo pueda vivir cinco años? Ah! esta idea me mata mas pronto. ¡Sola, jóven y pobre... Maria!... he visto á tantas ceder á la tentacion...

A esta idea que no se le habia ocurrido jamás, la jóven dió un salto como una liebre herida, y se echó á llorar en brazos de su abuela.

Azucena, á la que su abuela llamaba comunemente Maria, no tenia mas parientes ni mas apoyo que aquella anciana pobre y medio ciega.

Su padre, antiguo empleado en rentas reales, que se habia casado enamorado con una hija de aquella pobre panadera, la habia dejado huérfana á la edad de diez años, viéndose la jóven madre viuda y sola, obligada á guarecerse á la sombra del hogar materno con su graciosa niña, á la que por un capricho de su madrina habian puesto el nombre de Azucena.

Era esta niña gallarda y flexible como una palmera, de mirada fija é inteligente, y que sabia leer y escribir desde sus primeros años con la mayor perfeccion.

Al principio lloraba sencillamente al verse escondida en una pobre guarida del Conejal, luego se cansó de llorar, y pasaba el dia escribiendo ó leyendo al pié de la ventanilla de rejas. La necesidad la obligó por fin á entrar en un taller de modistas, y concluyó por acostumbrarse al trabajo, á los vestidos pobres, y á las privaciones permanentes que experimentan las familias que vulgarmente llamamos vergonzantes.

Casi al mismo tiempo que á Azucena y á su madre, habia recogido la pobre panadera á un sobrino suyo, huérfano tambien como ella, y que contaba apenas dos años mas de edad.

La uniformidad de conocimientos, de gustos, y hasta de caracteres, hizo nacer entre los dos jóvenes una intimidad, que trocándose mas tarde en cariño, hizo concebir á las dos viudas los mas halagüeños proyectos; proyectos que la suerte se gozaba en deshacer como castillos de naipes.

Antonio era un jovencito alegre, de carácter vivo é impresionable, de tez morena y ojos castaños, pero de raza árabe, y sobre todo tenia la boca mas graciosa del mundo, entreabierta casi siempre para sonreirse.

Azucena, alegre tambien, pero de una belleza

mas severa, era seria en sus modales, en sus gustos y hasta en sus alegrías.

Su carácter noble y enérgico arrastraba el carácter simpático de Antonio como el imán á la aguja; Antonio era su eco, su satélite, su sombra, pero no el eco de la adulacion, no el satélite finjido, sino el reflejo genuino de su carácter, de su vida entera. Y no se crea que para amoldar su genio al de la jóven, habia tenido necesidad de grandes esfuerzos de abnegacion, ni de sufrimiento, porque hallaba un placer real, una satisfaccion sin limites, en adivinar sus deseos y en admirar sus perfecciones.

Colocado desde la edad de doce años en el escritorio de un opulento comerciante, ganaba un sueldo mezquino, en verdad, pero que unido al jornal de Azucena y á las continuas fatigas de la panadera, les permitia ir pasando una vida llena de privaciones, pero honrada.

Un dia, la madre de Azucena, que era la que no habia podido consolarse de la pérdida de su esposo, dió una caida terrible, caida que puso en peligro su vida, minada ya por los disgustos, y por su constitucion débil y enfermiza.

Bien fuese efecto de su caida, bien de los pocos medios de asistencia que podian prodigarla, la enferma luchó algun tiempo con la muerte, hasta que por fin espiró en el momento en que su cariñosa y anciana madre, creyéndola ya mejor, se acercaba á la cama para enseñarla una gallina, debida á la caridad de una amiga.

La infeliz al ver á su hija caer sin vida sobre los almohadones, que eran el único recuerdo visible de su vida pasada, empezó á gritar como una loca, reuniendo en un momento á todos los curiosos del vecindario. Eran las doce; Azucena que desembocaba entonces por la calle, de vuelta de su taller, contempló un momento con asombro aquella multitud agrupada en derredor de su puerta y de la ventanilla de rejas, por la que los curiosos se esforzaban en distinguir algun objeto; pero á medida que se iba acercando la iban faltando las fuerzas para llegar, sus piernas flaqueaban, su voz se entorpecía, y sus temores tomaban mayores proporciones.

Los gritos entrecortados de la anciana llevaron á los oídos de Azucena la triste nueva, en el momento en que rompiendo por entre la gente atravesaba el dintel de su casa; y entonces, pálida, convulsa, con toda la ansiedad del que se ahoga de dolor, quiso huir, pero en el momento de poner el pié en la calle se encontró con Antonio, que volvía tambien de su trabajo, y se arrojó á su cuello llorando.

—Al fin, exclamó con voz ahogada, al fin ya nada tienes que envidiarme; todo lo he perdido.

—Si, respondió Antonio, conduciéndola hacia una casa vecina, un capricho mas en la suerte que ha querido hacernos iguales en un todo. Animo, ya estamos solos en el mundo; solos, como la desgracia, que ningun amigo tiene.

III.

LA PARTIDA.

Suspiros cansados,
clamores negados,
lágrimas veridas,
glorias escondidas,
ausencia punzante
sin ver al amante
¿quién tal sufre, quién?
¡Quién quisiere bien!

MARIA DOCEO.

Aturdida Azucena con la inesperada muerte de su madre, ni siquiera se había acordado de volver todavía al taller, cuando la noticia de que Antonio, á quien meses antes había tocado la suerte de soldado, iba á marchar para el ejército, puso en peligro su pobre razon. Apoyo, amor, esperanzas, todo iba á desaparecer de su alrededor, quedando, á mas de sola, encargada de cubrir las necesidades de dos personas, pues su abuela, vieja y enferma, empezaba á necesitarlo todo, sin poder subvenir á nada.

Azucena estuvo á punto de volverse loca, y solo las continuas reflexiones de Antonio, lograron darle resignacion y fuerzas para aguardar mejores dias.

El dia señalado para la marcha de Antonio llegó al fin, y con él, la hora de la desolacion para aquellas pobres mujeres, que no perdonaron gasto ni fatigas para endulzar la suerte del honrado jóven, que al sentimiento de separarse de su amada y de su segunda madre, reunia el de dejarlas sin mas apoyo que el mezquino jornal que Azucena recogía semanalmente de manos de la Gitana.

La abuela se despidió de él dos y tres veces, abrazándole y llorando con la mayor ternura; pero no tuvo valor para verle partir.

—Yo, yo voy á despedirte, Antonio, le dijo Azucena envolviéndose en su pañolón de los dias de fiesta; nunca me consolaria de no haberte dado el último adios, cuando por la vez primera vas á dejar el pueblo donde viste la luz.

Al verla disponerse á salir, cualquiera hubiera ya creído que estaba serena, si su respiracion fatigosa y el círculo morado que rodeaba sus ojos, no desmintieran su aparente tranquilidad.

Los dos jóvenes salieron por fin á la calle en medio de los gemidos de la infeliz abuela, y cruzando toda la ciudad por los barrios mas escusados para no ser vistos por los amigos de Antonio, tomaron el magnífico puente, que cruza el cristalino Tormes, y salieron á un pequeño arrabal, que hay al otro lado, donde se reunía el destacamento que habia de conducir á todos los que habian salido soldados.

La vista de aquella tropa, hizo en Azucena la misma impresion que el patíbulo á los ojos del reo. Todo su valor desapareció con la prontitud de una descarga eléctrica; su rostro estaba lívido y sus piernas temblaban horrorosamente.

—Me olvidarás? balbuceó deteniéndose de repente y apoyándose maquinalmente en el brazo de su amado.

Antonio no pudo hablar.... sacó de uno de sus dedos un anillo de plata lisa, sin esmalte ni adornos, y la colocó en la mano derecha de Azucena, mirándola con una expresion indefinible. Nunca le habia parecido tan hermosa.

—Adios! murmuró al fin estrechando tiernamente una de sus manos.

—Adios! respondió Azucena con los ojos preñados de lágrimas. Y no sintiéndose con fuerzas para presenciar aquella larga separacion, volvió á repasar el puente; corriendo y sin mirar hácia atrás, procurando contener su llanto hasta llegar á casa.

Cuando llegó al extremo del puente, que toca ya con la ciudad, paróse la jóven de repente, se apoyó un momento en el antepecho, y dirigió una ansiosa mirada por todo el arrabal lejano. Estaba ya desierto.

Entonces, pálida y quebrantada, volvió á tomar el camino de la ciudad, que tenia que atravesar toda entera.

El dia declinaba, y á medida que se ocultaba el sol, dorando con sus últimos reflejos las elevadas agujas de la Catedral, se elevaba de en medio del pueblo el sonido melancólico de mil campanas, especie de canto místico que llamaba á los fieles para recordarles las últimas oraciones.

Al cruzar Azucena, triste y sola, la larga y sombría calle de San Pablo, la campana de Santo Domingo vino á vibrar en su oído con el acento mas dolorido, y cediendo al sentimiento religioso, que se anida siempre en el corazón de los desgraciados, torció su direccion, y entró en el magnífico templo de San Estéban, donde pasó largo rato orando con toda la perseverancia del que cree y espera.

Un religioso subió lentamente los escalones del altar, y recitó en voz clara y severa el Ave-Maria. El murmullo de algunas voces contestaron desde los ángulos y recodos de la iglesia. Era casi de noche. El religioso volvió á bajar los escalones y desapareció por una puerta de la iglesia, que sube al interior del convento, y los pocos fieles que habian acudido aquella tarde desaparecieron tambien silenciosamente, sin que Azucena hubiese notado que quedaba sola.

La pobre jóven estaba de tal manera conmovida, que apenas podia coordinar en la memoria las oraciones mas vulgares. Ya empezaba por la centésima vez el Ave-Maria, cuando el ruido que hacia el sacristan registrando los rincones de la iglesia, le advirtió que iban á cerrar las puertas.

Levantóse entonces sobresaltada, y como procurando recordar la hora en que habia entrado allí, y solo entonces reparó en que el dia habia terminado.

—Ah! mi abuela! mi pobre abuela sola! y bajando precipitadamente la escalinata atravesó de un vuelo la ciudad y llegó á su pobre casa, oscura y solitaria guarida, en la que solo se oía

el gemido ahogado de la pobre anciana, que la recibió en sus brazos anegada en llanto.

Desde aquel día efectuóse en el carácter de Azucena un cambio notable. Esquiva para con sus amigas, huyendo de todas las distracciones como de un incendio, apenas levantaba del suelo sus hermosos ojos adormecidos por el pesar, y de su rostro pálido habían desaparecido á la vez, los colores y la sonrisa.

Poco a poco, las ropas de Azucena se fueron usando sin haber sido reemplazadas por otras nuevas; su abuela, anciana y enfermiza, tenía cada día mayores necesidades, y al cabo de dos años que habían pasado desde la marcha de Antonio, la casa de la panadera no encerraba mas muebles ni riquezas que el pobre ajuar que llevamos descrito al principio de nuestra historia.

Y tal era la posición de Azucena en la tarde de que hemos hablado, cuando siguieron sus pasos Salazar y sus amigos.

IV.

LA GITANA.

«Como hay Danaes en el mundo,
hay lluvias de oro también.»

A.

Apenas se separó Don Félix aquella noche de sus amigos de café, dirigióse apresuradamente á su casa é interrogó con el mayor cuidado á Doña Juliana acerca de cuanto tenía relacion con la modista, aunque afectando que hablaba solo para matar el tiempo, y se durmió al fin cansado de combinar una multitud de planes, á cual mas descabellados, y que habia ido desechando á medida que los formaba, por impracticables los unos, por faltos de interés los otros.

Amaneció el siguiente día, claro y radiante como uno de los mas bellos de otoño; veíanse abiertas y concurridas todas las tiendas, limpias y brillantes los ricos comercios de quincalla; y las modistas, esas vírgenes locas, como las ha llamado un escritor de nuestros días, se encaminaban á los talleres, desplegando sus pañuelos abigarrados y sus basquiñas cortas y ondulantes.

A pesar de su habitual pereza para levantarse, aun no habían dado las siete, cuando ya se había presentado D. Félix en el elegante taller de la modista.

Habia sido esta una arrogante moza, llena de carnes, blanca como la leche, y con lindos cabellos rizados, apasionada por los militares de alta graduación, y por los estudiantes; de los primeros por interés; y de los últimos por afición. Majestuosa como una reina, dócil como una paloma, y compasiva como una Hermana de la caridad, era sobre todo mujer de mundo, que no se dejaba deslumbrar por niñerías ni adulaciones.

Envuelta hasta la edad de treinta años en las mas ruidosas aventuras, la Gitana no podía resignarse á bajar completamente del pedestal en que

la habían colocado sus desenfrenos. Aunque retirada ya como un adorno, cuya moda pasó, el amor seguía siendo su ídolo, su vida, su recuerdo incesante; por eso no había muchachas mas bellas que las de su taller, por eso el libertino que tratase de llevar á cabo la conquista de alguna de ellas, podía estar seguro de encontrar en el ama de la casa un apoyo firme y decidido, un móvil, las mas veces desinteresado, porque la Gitana no ambicionaba otra dicha que la de verse siempre rodeada de intrigas amorosas que la rejuveneciesen y embriagaran, como si ella fuese siempre la protagonista.

La Gitana de hoy era una mujer que solo conservaba de sus buenos tiempos la buena talla, la elegancia y la habilidad de representar con igual perfección todos los papeles; desde el de la señora timorata, hasta el de la mas repugnante tercera; desde la mas leve sonrisa, hasta el amargo llanto de la desesperación.

Por lo demás, pálida, arrugada ya, y casi sin dientes, conocía que inspiraba poco por sí misma, y que para ocupar todavía algun lugar en el mundo, necesitaba rodearse de la juventud y la inocencia, que para siempre habia perdido.

Al ver la Gitana á D. Félix presentarse por primera vez en su casa, y saludarla con la mayor amabilidad, examinó rápidamente sus propias gracias, y al recordar que habia cumplido ya cuarenta años, conoció por la centésima vez, que no era ella la que hacia presentarse tan temprano en el taller al mayor calavera de Salamanca.

Después de haber ofrecido á Salazar un asiento de tijera, y de haber admitido sus excusas por presentarse tan temprano.

—Y vamos á ver, caballero, ¿qué se ofrece? le preguntó con el tono de una persona que conoce lo que van á decirle.

—Una friolera, señorita, un traje para doña Juliana... mi ama de gobierno, ¿entendeis? Vos correreis con todo, comprar la tela, los adornos, eh? Luego, no teneis mas que ponerme la cuenta... es una sorpresa que quiero darla, un traje de lujo para ir á los toros.

—Bien, muy bien, dijo la modista con calma: ahora hablemos de otra cosa, si gustais... pero... perdonadme... añadió en seguida afectando la naturalidad mas encantadora; mi habitual franqueza me habia hecho olvidar que os veo en mi casa por primera vez.

—Señorita! dijo Salazar algo turbado; nada mas grato para mí que tener el honor de hablaros, y puesto que al parecer no os ofende mi presencia...

—No, no, señor, respondió la Gitana levantándose; podeis retiraros cuando gusteis, ¿qué derecho tengo yo sobre vuestro tiempo para molestaros con una conversacion frívola que nada os interesa? Adios, pues, dentro de pocos días tendreis el traje que deseais.

La Gitana se dirigió hácia la puerta de la habitación, haciendo ademán de quererla abrir para dejar salir á D. Félix, que no sabiendo como anu-

dar la conversacion comenzada, se decidió á plantear la cuestion de frente y sin mas rodeos.

—Aguardad, dijo deteniéndola con ademan suplicante; aguardad, porque tengo mucho que deciros.

—A mí? preguntó la modista volviéndose con admiracion y tomando la actitud de una reina: á mí?

—Sí, á vos, señorita.

La Gitana se sonrió y se encogió de hombros, dejando á Salazar embarazado como un estúpido.

—Sí, y espero que tengais la bondad de referirme todas las circunstancias que sepais de la vida de una pobre jóven de las que trabajan bajo vuestra direccion.

—Señor, respondió maquinalmente la modista: esas jóvenes son todas pobres, hijas de la desgracia, y si no me decís su nombre...

—Azucena! murmuró D. Félix ruborizándose á pesar suyo.

—Azucena!... ah, señor! esa jóven es un ángel en la tierra, un modelo de la virtud, una personificación de la desgracia. Si supiéseis como yo cuán amargas son las horas que pasa esa criatura! Bendita sea la riqueza que se emplee en protegerla, porque es muy infeliz. La conocéis?

—Sí, señora... no... no mas que de vista.

—Ah! en ese caso preguntais por mera curiosidad.

—Es que me han dicho que es una pobre huérfana del Conejal, una infeliz que necesita un socorro mejor que otra alguna, dijo D. Félix mirando fijamente á la modista, y haciendo brillar á sus ojos un diamante magnífico que ostentaba en la mano izquierda.

Atraída por aquel reflejo la Gitana, dió algunos pasos hácia el centro de la habitacion, señaló á D. Félix un taburete, y entornando la puerta, se sentó en una silla de brazos en ademan de prestar toda su atencion.

D. Félix guardaba silencio, meditando el medio mas corto de hacerse entender de aquella mujer, que á su parecer habia mordido el anzuelo.

—Y bien, dijo la modista con una bondad adorable, ¿qué era lo que teniais que decirme acerca de esa infeliz?

Salazar acercó su asiento al de la Gitana, tartamudeó algunas palabras, y al fin improvisó una larga relacion de sus riquezas, de su posicion envidiable, y del loco amor que le habia inspirado Azucena; invencion que acababa de sugerirle la espresion bondadosa de honradez, que brillaba en el rostro de aquel camaleon femenino.

Pero contra todo lo que D. Félix esperaba, el rostro de la modista se contrajo, cubriéndose de un encarnado vivo, mitad rubor, mitad cólera, y no pudiendo refrenar su disgusto, exclamó levantándose.

—Ah! ¿con que estais enamorado?

Pero la maliciosa sonrisa que asomó entonces en los labios de D. Félix, estuvo á punto de desconcertar por completo á la pobre mujer. Celosa todavia, comprendió que el solteron habia com-

prendido su debilidad, y procurando remediar en lo posible su desacierto, añadió sentándose de nuevo y procurando serenar su voz alterada.

—Señor... no extrañeis nada... el mundo me ha hecho ya tan incrédula que dudo de todo.

D. Félix no cedió un ápice del terreno que ocupaba, y comprendiendo que por falsa que fuese aquella mujer, no habia de interesarla mejor en su favor que haciendo á su vista la confesion de un amor verdadero, insistió, y tanto rogó y suplicó, que al fin obtuvo de la admirada Gitana, que influiria en el ánimo de Azucena para que correspondiese á su amor, única felicidad á que aspiraba.

Las frases de Salazar eran tan finas, tan sentidas y tan bien espresadas, que engañada la Gitana, acaso por primera vez, empezó á creer en la posibilidad de aquel amor, y cuando D. Félix colocó en sus dedos el magnífico diamante, que tanto la habia deslumbrado, estuvo á punto de rehusarle, avergonzada por su propia conciencia.

—No, no, señor, le dijo visiblemente conmovida, harta recompensa será para mí el haber contribuido á vuestra buena accion.

Por sinceras que fuesen en aquel momento sus palabras, D. Félix las escuchó con indiferencia, obligándola de nuevo á recibir el precioso anillo. Hombre de mundo, no se dejaba engañar con facilidad; libertino antiguo, conocia perfectamente la larga historia de la Gitana, para conmovirse con sus lágrimas ni su sonrisa.

—Eh! eh! señora modista! murmuró Salazar luego que hubo salido de casa de la Gitana; habeis caído en la red, vos que no os dejábais engañar por todo un ejército.

—Dios mio! pensaba la Gitana, hundida en su silla de brazos, ¿qué pensar de este hombre? La ama! la ama! ah! no eran así los de mi tiempo. Pero añadió despues de un momento de reflexion: ¿no podia ser todo una supercheria? Y bien, que sea! Su alma su palma.

Encogiéndose de hombros, se levantó y entró á toda prisa en el taller donde la aguardaban la mayor parte de sus gracias oficiales.

V.

LA VIRTUD DEL ORO.

«Mucho fassé el dinero, e mucho é de amar.
Al pobre fassé rico, é al mudo hablar.
Yo nunca vi fermosa que quisiera poblesa.»

Cuando la Gitana se encontró en el taller con la pobre Azucena, que levantaba dulcemente sus negros ojos para saludarla; no pudo reprimir un sentimiento de envidia que estuvo á punto de traslucirse en sus ojos negros y brillantes todavia, como los de una lechuza.

Oh! aquella jóven con su vestido raído y apiezado, con su manton desteñido y su inocencia, era sin duda mucho mas rica, que lo habia sido nunca la Gitana con sus vestidos de raso y de terciopelo.

Ser amada! palabra que espeluznaba de rabia á la

reina de las coquetas; amada! y por qué? porque sin duda valia mas que ella, porque sin duda esa virtud que habia hollado con los piés desde sus primeros años era todavia respetada aun en el mundo por los mayores calaveras.

La Gitana recurrió para calmarse á la idea que se le habia ocurrido momentos antes; pensó que todo podia ser una surpercheria, una red que les tendiese á ambas, é hizo en su corazon los mas ardientes votos porque aquella idea se realizase.

Luego contempló el magnifico diamante que llevaba en el dedo, y recordando con amargura que en el dia solo podia ya representar ciertos papeles, se consoló con que cuanto mas honradas fuesen las miras de D. Félix, tanto mas honrosa era su mediacion en este asunto.

Apenas la Gitana hubo arreglado sus vestidos, y trazado á cada una su labor, habló, como siempre, de la obra que habia de preparar, y se deslizó en elogios, acerca de un caballero tan rico como bondadoso, pues que pasaba los dias averiguando las desgracias ocultas para remediarlas en cuanto fuese posible.

San Juan de Sahagun y San Vicente Ferrer, objetos de la devocion Salmantina, eran, al decir de la modista, los modelos que aquel hombre escelente se habia propuesto seguir, y para que nada faltase á su virtud, la calumnia que nada respeta, se habia atrevido á motejar alguna vez sus buenas acciones y su generosidad sin límites.

—¿Y no sabeis como se llama? preguntaron á la vez dos ó tres muchachas de las mas curiosas.

—D. Félix de Salazar, dijo la Gitana deteniéndose entre cada sílaba, como si temiese verse desmentida.

En efecto; aunque ninguna de las costureras se atrevió á dar á su maestra un solemne mentís, las ruidosas carcajadas y groseras burlas con que acogieron aquel nombre, hicieron comprender á la Gitana que el terreno estaba todavia mal preparado, y que la menor tibieza de su parte bastaba para derribar el idolo.

—D. Félix de Salazar, repitió la Gitana un poco picada, una de las almas mas nobles y generosas.

—Sí, sí, señora, respondió con sarcasmo una jovencita blanca y rubia como una irlandesa; muy generoso, sobre todo para con sus amas de gobierno.

—Y para con los pobres, replicó la Gitana con mas energía.

—Sí... señora... con los pobres hembras.

—Y con los incurables, y con las arrepentidas... y con los espósitos... ¿y qué sé yo?

La Gitana hablaba cada vez con mas fuerza, con mas entusiasmo, y al parecer con demasiada verdad para no ser creida.

A mas de las cuantiosas limosnas que D. Félix hacia repartir á los ancianos y vergonzantes, el hospicio acababa de recibir mas de tres docenas de sábanas.

Tan repetidas pruebas de virtud hubieron de borrar al fin la impresion desfavorable que su nombre hiciera en las modistas, y ligeras en sus

juicios, como lo somos todos en la juventud, pensaron ya sin espanto ni burla en aquel calavera, que tenia escandalizada á toda Salamanca.

Despues que hubo conseguido su objeto la Gitana, volvió á sus conversaciones habituales, y no se habló mas de D. Félix en el resto del dia.

A la mañana siguiente presentóse de nuevo en el taller, elegante y perfumado, disfrazando su edad á las mil maravillas, y distribuyendo á las costureras plácidas sonrisas y lindos ramilletes de flores de otoño.

Su animada conversacion con la Gitana, la franqueza con que se estableció en una de las sillas de tijera, y sobre todo el descaro con que lo examinaba todo, desde los figurines hasta las muchachas, hicieron creer á estas que Salazar era algun antiguo amigo de su señora, opinion que se confirmó entre ellas cuando la Gitana les ordenó que aceptasen francamente los elegantes ramilletes del solteron.

Aunque en aquel dia no hubiese hecho D. Félix grandes distinciones entre las modistas, susceptibles estas como jóvenes solteras, notaron con pesar que el caballero fijaba con frecuencia los ojos en el rostro triste y casi dolorido de *Anima sola*, que al parecer ignoraba completamente su preferencia sobre las demás. Poco á poco las distinciones se fueron haciendo mas marcadas; las visitas del solteron al taller mas frecuentes, y los celos de las muchachas inevitables, porque los obsequios de D. Félix eran nobles y respetuosos como los del amante mas verdadero.

A pesar de su indiferencia para con todo lo que la rodeaba, Azucena hubo de comprender que era ella el principal objeto de aquellas atenciones, y se refugió en el pensamiento de Antonio como en un santuario, manifestando á Salazar la indiferencia mas completa.

En este estado se hallaban las cosas cuando al fin se dió por concluido el traje del ama de gobierno, y avisado D. Félix por la Gitana para que señalase la hora en que aquella no estuviese en casa, señaló la de las diez y media de la mañana del dia siguiente.

La Gitana; como dijo muy bien D. Félix, habia mordido perfectamente el anzuelo, y ni sus numerosos lances de amor, ni su escuela del mundo habian sido suficientes para hacerla conocer si pisaba ó no sobre un terreno falso.

Pero forzada á creer en un amor que tanto la humillaba, no quiso desperdiciar cuantas ocasiones se la presentasen de poner á prueba la envidiada virtud de la joven huérfana.

Llegó al fin la aplazada semana; y despues de haber arreglado perfectamente el vestido de seda verde en un canastillo, la Gitana llamó á Azucena y se lo entregó con un papelito en que iba escrita de su puño la minuciosa cuenta de su importe.

Avergonzada la muchacha por la maliciosa sonrisa de sus compañeras, se levantó encendida como una amapola y balbuceó algunas excusas para que eligiese otra compañera para aquel encargo.

La Gitana reprendió á las costureras y se burló del rubor de Azucena. La jóven se abochornó de nuevo, pero viéndose obligada á obedecer, tomó la canastilla y salió del taller casi temblando.

Pocos minutos despues una mano tímida y delicada hizo resonar por dos veces el llamador de bronce de las puertas de Salazar, y una jóven hermosa, aunque pobremente vestida, se apoyaba contra la pared para esperar que abriesen.

La enorme puerta del palacio se abrió apareciendo en ella una viejecita muy retocada y prendida, cuya cabeza cubria, á guisa de mantilla, un chal de lana ordinaria, á la que dan el nombre de sayagüesa.

—Señora doncella, dijo Azucena esforzándose en dar á sus palabras toda la dulzura posible, ¿está el señor en casa?

—Doncella! repitió con acrimonia la vieja; doncella de mi sola, portera de D. Félix de Salazar y Custodia por la gracia de Dios y la de mi padrino.

—Pues bien, señora Custodia, repitió Azucena, no podeis decirme si está el señor en casa.

—El señor! he.... he.... lindo juego! el señor para entregarle ropa! Ah.... bribonzuela, que bien habeis atisbado que doña Juliana está en Santo Domingo!

Azucena tuvo necesidad de apoyarse en la puerta para no caer de vergüenza.

—Pues bien! no está el señor, dijo Custodia en tono de desprecio.... no está.

Azucena no respondió, y solo aguardaba á reponerse un poco para huir. Pasóse la mano por la frente, como si quisiera borrar de su memoria lo que acababa de oír, y daba ya un paso para marchar cuando se sintió detenida por una mano vigorosa que la arrastró suavemente hácia adentro.

—A dónde vais? murmuró al mismo tiempo á su oído una voz dulce y conmovida.

Azucena respiró, volvió apresuradamente la cabeza y exhaló un grito al verse detenida por el mismo Salazar, que habia bajado de puntillas detrás de Custodia.

—Señor! señor!.... murmuró la pobre jóven esforzándose por desasirse de la mano de D. Félix, soltad por Dios.... yo.... yo.... venia.

—A entregar el vestido, interrumpió don Félix mirándola con el mayor interés; pero decidme francamente, me teneis miedo?... en ese caso....

—Oh!... miedo... no, señor.... miedo! ¿y por qué? respondió Azucena con dignidad.

—Teneis razon, contestó el solteron casi avergonzado. Guiad esta jóven al salon, Custodia, añadió dirigiéndose á la vieja, cuyas disculpas ni se habia dignado escuchar.

—Custodia guió á Azucena por los vastos pasadizos de aquel antiguo palacio, hasta dejarla en el salon de recibo.

VI.

LA TENTACION.

A tiernas palomillas
el vuelo peligroso les rehuses
que andan muchos azores por asillas,
de cuyas uñas penden los despojos
de otras aves incautas y sencillas.

B. DE ARGENSOLA.

El salon en que Custodia habia dejado á Azucena era una habitacion vastisima, cuyas paredes, cubiertas de grandes cuadros al óleo, le daban un aspecto verdaderamente régio.

Como buen eclético, habia D. Félix reunido en su casa las bellezas del arte antiguo, con los refinamientos de los tiempos modernos, y amante sobre todo de su comodidad, no habia reparado en colocar su magnífica mesa de escritorio á la cabeza del salon de recibo.

A pesar del sobresalto que pudiera inspirar la mala fama de Salazar, Azucena se habia tranquilizado hasta el punto de matar el tiempo con la mayor serenidad en contemplar los antiguos trajes que ostentaban los retratos de familia que adornaban las pintadas paredes.

Aunque poco cursada en la escuela del mundo, no podia menos de comprender que en las maneras de D. Félix para con ella habia algo de respetuoso, de verdaderamente enamorado, y que el que ama no puede usar nunca de las traiciones del que seduce. Creía, sí, que aquello era un juego, pero estaba muy lejos de dar fe á la fama de Salazar porque habia oído decir muchas veces á su abuela, que las que se dicen perseguidas suelen ser las mas veces perseguidoras. Por otro lado, su amor á Antonio, incompatible con otro cariño alguno, era un motivo mas para que las tiernas frases de D. Félix la inspirasen tan solo una satisfaccion pueril, hija de la vanidad de ser amada, pero nunca miedo.

La puerta del salon se abrió, dando entrada á D. Félix, que saludando con la mayor amabilidad, invitó á la jóven á que tomase asiento.

—Oh! no, señor, respondió sencillamente, tengo prisa, y presentó á D. Félix el papel de la cuenta.

—Muy bien, dijo D. Félix, leyendo solo la suma, muy bien, dejad el vestido ahí encima de ese sofá.... pero.... añadió, ¿qué jornal ganais en el taller?

—Dos reales, balbuceó Azucena, bajando los ojos.

—Dos reales!.... infame Gitana, murmuró D. Félix realmente indignado. ¿Y vivis con solo ese jornal?

—Ah! señor! y si fuese sola!

—Ah! es verdad, se me habia olvidado la abuela; ¿pero esa pobre mujer no tiene otro medio alguno de existencia?

—Señor, respondió Azucena conmovida, dejadme salir, cuando se trata de mí, me siento con fuerza para soportar la desgracia; pero mi pobre abuela, casi ciega, ah!

Y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Dos mujeres con dos reales! repetía atónito D. Félix, infelices, ¿y cómo os vestireis?

La muchacha enmudeció de vergüenza al contemplar sus miserables vestidos.

—Y para vosotras no habrá ni abrigo, ni lumbré, ni diversiones de ningún género.

—Señor, murmuró Azucena, sin levantar los ojos, el día que tenemos pan estamos ya contentas.

—Pues bien, tendreis pan, tendreis abrigo, tendreis diversiones, y no carecereis de nada, exclamó D. Félix, clavando en ella sus ojos de fuego.

Azucena levantó entonces los ojos y los bajó de nuevo casi asustada.

—Sí, hija mía, añadió con voz mas dulce, y dominando en cuanto pudo su emoción. Sabía que erais una joven honrada y laboriosa, sabía que pasabais una vida miserable, pero no podía presumir que hubiese mujeres tan infelices que no tuviesen para cubrir todas sus atenciones mas cantidad que la que acabais de señalar.... Vamos, no os avergonceis por eso; pobreza no es vicio, y todo puede remediarse aun. ¿Me permitis que sea vuestro prestamista?

—Pero, señor! respondió la muchacha con alguna desconfianza, ¿cómo ha de tomar prestado el que no puede pagar ni lo mas preciso?

—Quiere decir que me pagareis cuando podais, ¿no es verdad? Tomad, añadió entregándola el importe del vestido, aquí teneis la cuenta de la Gitana; en cuanto á vos, en este bolsillo hallareis lo suficiente para procuraros abrigo, así como á la pobre anciana á quien sosteneis, y luego....

—No, no, señor, imposible... gracias.... yo no puedo nunca pagar, murmuró la muchacha, roja de vergüenza.

—Vamos, hija mía; no me avergonceis, por Dios, esa es una cantidad insignificante.... no os diré que es una limosna, porque me pareceis muy susceptible; pero sí, que si no podeis pagarme en vida lo hagais al Hospicio despues de mi muerte.

Azucena estaba casi trastornada. La idea de su miseria, y la de poder tan fácilmente librar á su abuela del frío y del hambre; la nobleza con que D. Félix se sujetaba á cobrar el empréstito, por no herir su delicadeza, todo esto junto la conmovía y seducía como un sortilejo, en tanto que su conciencia severa y punzante le gritaba: No, no.

—No, no, repitió ella, imposible, señor.... yo no puedo.... yo no debo tomar este dinero: y alargaba ya el bolsillo á D. Félix cuando apareció en la puerta del salon el ama de gobierno, que al distinguir á la muchacha, tomó sin poderse contener la apariencia de una hiena.

D. Félix se sonrió, y exclamó afectando jovialidad.

—Bravo! la conspiracion ha salido fallida.... vamos, vamos, está visto que no pueden guardarse secretos con las mujeres.

—No os comprendó, señor, balbuceó doña Ju-

liana esforzándose por explicar la presencia de Azucena en el salon, ¿de qué secretos?....

—Secretos! no existen ya, señora, queria proporcionaros una sorpresa, y tiró el diablo de la manta. Ahí teneis, añadió señalando al sofá, el vestido que os habia mandado hacer para ir á los toros, y que esta joven acaba de traer en este momento.

—Para mí? exclamó doña Juliana levantando en sus manos el vestido que tanto habia ambicionado, ¿para mí? Hola, Azucenita! añadió acariciando á la muchacha, miren Vds. cómo lo han llamado!.... Vamos, señor, que no podia yo soñar un traje mas de mi gusto.

—Podeis retiraros, niña, dijo D. Félix, ansioso de que Azucena aceptase por fin el bolsillo, está lloviendo y teneis que ir bastante lejos.

Azucena no habia comprendido una sola sílaba de lo que D. Félix y el ama acababan de hablar; abismada en mil reflexiones, ostigada por su conciencia que le hacia ver en aquel dinero el precio del delito, estaba mas dispuesta que nunca á devolver al libertino su deslumbrador empréstito, ¿pero cómo hacerlo? ¿Qué pensaria doña Juliana si la veia entregar el bolsillo? ¿No era fácil que aquella accion, aunque de las mas dignas, hiciese brotar sospechas que empañasen su reputacion intachable hasta entonces?

Estas reflexiones fueron la causa de su distraccion, de la que salió avergonzada al oír la voz de D. Félix que la ordenaba marchar. Tomó la canastilla en que habia traído el vestido y dió algunos pasos despidiéndose para salir, pero la idea del oro la volvió á detener.

Azucena luchaba con valor contra la repugnante vergüenza que sentia al entregar el dinero á vista del ama de gobierno; pero sin embargo, cada vez se sentia mas fuerte. Ya estaba próxima á vencer, cuando la lluvia vino á herir con furia los cristales de las ventanas.

Entonces tembló. Acababa de pasar por su cerebro una idea desconocida.... el demonio habia venido en alas de la tempestad á inclinar la balanza. La joven echó una mirada á su calzado endeble y descosido, sobre su vestido raído y apiezado, débiles medios de contrarestar la lluvia que en aquel momento caía á torrentes, miró á doña Juliana resguardada del frío por su buen vestido y su doble calzado, y á cubierto del agua, por su paraguas de seda verde que acababa de traer de la calle, y cansada de arrastrar una existencia tan diferente, cedió por un momento á la tentacion, y dejó caer en su faltriquera el bolsillo lleno de oro, murmurando á media voz:

—Tambien nosotras tendremos abrigo y comodidades como tú; sea!

Toda esta lucha habia sido tan rápida, que ni Salazar ni el ama se apercibieron de las alteraciones que habian pasado por aquel semblante anélico.

Azucena salió precipitadamente del salon y bajó las escaleras con la velocidad del que camina sobre fuego.

—Qué hermosa es! quedó murmurando D. Félix, pero.... añadió con amargura al quedarse solo, ¿es posible que yo haya de empañar esa frente de ángel? ¿Habré de esponer á esta inocente criatura á la bafa de mis amigos? No.... imposible.... pero ¿y mi vida entera de desórdenes? ¿y mi reputacion de calavera á tanta costa y tan legítimamente ganada?.... es preciso.... es preciso hacerlo, aunque para conservarla haga pedazos mi corazon.

VII.

LA LUCHA DE LOS ANGELES.

Colocada frente á frente de la duda se puso á sudar sangre y agua como Cristo sobre la montaña á vista de su cáliz.

Azucena atravesó las calles encharcadas de la ciudad como una paloma perseguida por el cazador. Su agitacion no la permitia reparar en su frágil calzado ni en la lluvia que inundaba su cabeza. Calada de agua y azotada por la tempestad, llegó en pocos momentos al taller de la Gitana, á quien entregó el importe de la cuenta y le pidió permiso para retirarse á casa, pues que sin duda á causa de su mal abrigo, sentia en aquel instante grandes calofrios.

Bien que la agitacion de Azucena diera en qué pensar á la ducha Gitana, ó bien que mirára tan solo la miserable situacion de aquella infeliz criatura; no pudo menos de compadecerse de ella, la mas honrada, pero la mas pobre de sus jóvenes costureras.

La Gitana le concedió su permiso y la joven marchó á toda prisa. Un coro de insultantes carcajadas salió del taller; eran las compañeras de Azucena que se reían de su vestido pobre y calado de agua.

—Despues de todo, dijo para sí aquella alma de justo al oir las risotadas de sus compañeras; merezco el sarcasmo, la burla... el oprobio, porque aunque no lo saben he tomado el oro que envilece, para ocultar la pobreza que honra.... Ah! no! no tocaré este dinero aunque hubiese de morir de hambre.

Abochornada de haber cedido, aunque por pocos instantes á la tentacion, Azucena apresuró el paso ansiosa de desahogar en el pecho de su abuela su agitacion y de confesarla la lucha de que acababa de salir vencedora, cuando al desembocar por la callejuela en que estaba sumida su miserable habitacion, se paró de repente, palideció y estuvo á punto de caer sin conocimiento.

En torno á la puerta, como en otro dia cuando la muerte de su madre la dejó huérfana y sumida en el desconsuelo, estaban agrupadas una porcion de personas que entraban y salían de la casa, espresando en sus gestos y ademanes, mas bien sorpresa que sentimiento.

—Gran Dios! exclamó Azucena, á quien la desgracia habia enseñado ya lo bastante para no es-

perar sino acontecimientos funestos, Dios mio!.... qué nueva desgracia me habrá sucedido?

La pobre jóven recordó el dia en que á la misma hora habia visto aquellos mismos vecinos reunidos en torno de su pobre madre; pero aquel dia la cariñosa mano de Antonio la habia separado de aquella triste escena; mas tarde, cuando el destino la habia arrebatado tambien al pobre escribiente, Azucena oia al entrar en casa la cariñosa voz de su abuela que lloraba á gritos; hoy la casa estaba silenciosa, deshabitada.

Al verla llegar pálida y asustada, los curiosos abrieron paso en silencio, brillaron algunos ojos de compasion, con algunas lágrimas, que las mujeres, mas sensibles siempre, no pudieron reprimir á la vista de la desgracia, y Azucena penetró temblando en el cuarto, donde habia tambien algunas personas al rededor de la cama.

—Abuela! gritó Azucena abriéndose paso hasta la cama donde estaba la anciana muerta hacia algunas horas, de consuncion, segun todas las apariencias. Dos de aquellas mujeres recibieron en sus brazos el cuerpo desfallecido y yerto de frio de la jóven, que cayó como herida de un rayo al distinguir el cadáver de su amada abuela.

El desmayo de Azucena duró tan pocos instantes, que no les fué posible á las oficiosas vecinas trasladarla afuera de la casa, habiendosolo llegado al pasillo cuando volvió en sí.

—Oh! dejadme! dejadme verla otra vez, y soltándose de las que la llevaban, penetró en la alcoba, miró á su abuela, y arrimándose á una de las paredes, reflexionó un momento sobre su miseria y su soledad.

Su madre, su abuela, su Antonio, todo habia desaparecido, y con ellos el apoyo, la proteccion y el respeto. Huérfana, abandonada, pobre pájaro sin nido, tendria que vivir tarde ó temprano, bajo el ramaje de nidos estraños.

—Oh! murmuró con amargura, ahora soy verdaderamente el ánima sola!

De repente la fisonomía de Azucena tomó una espresion terrible y desesperada, acababa de sentir en su bolsillo el peso del oro, recordó que aquel cadáver seria enterrado á oscuras, sin cánticos ni oraciones, porque las oraciones y los cánticos valen tambien el dinero, y ante esta idea se olvidó de su pobreza y de su soledad, y corriendo hácia la cama se arrodilló y cubrió de besos una de las manos de su abuela.

Al movimiento que hizo para arrodillarse, segunda vez sintió el peso del bolsillo. Su rostro anegado en lágrimas, tomó una espresion particular, que casi se parecia al contento, y sus labios pálidos y temblorosos se agitaron murmurando una bendicion.

—Al fin, dijo con placer, al fin este oro servirá para una buena accion; tendrá luces, cánticos y oraciones como los ricos, y Dios bendecirá al que me lo ha prestado. Mas tan pronto como cruzó este pensamiento, el grito de su conciencia resonó punzante y severo en su corazon, como

horas antes. Su ángel bueno empezó de nuevo la lucha.

Esta segunda tentación era mucho mas fuerte que la primera, ante ella olvidaba Azucena su soledad y abandono; pero al fin venció la virtud; su ángel malo fué derrotado segunda vez.

—Oh! abuela mia! exclamó Azucena desolada y saliendo de la habitacion con la velocidad del rayo, dejando atónitas á las vecinas que habian guardado un respetuoso silencio.

La pobre niña huyó. Conocía que la vista de su abuela desconcertaba todo su valor; y temía sucumbir á la tentación.

Estraviada y sin saber adonde se dirigia, salió por las calles, llegó á la plaza, y dió algunas vueltas precipitadamente, y como quien busca alguna cosa.

En su aflicción, solo la quedaba un consuelo, lejano, es verdad, pero como el que sufre se acoge á cualquier rayo de esperanza que vislumbren sus ojos, Azucena se acordó de Antonio.

Antonio, que habia sido siempre para ella su único amigo, su hermano, su amante. Antonio, que aunque separado por su infeliz destino, debia volver algun dia para hacerla dichosa, era entonces el débil rayo de claridad que su alma vislumbraba en toda la estension de su oscuro porvenir.

Hay en las grandes crisis de la vida escentricidades que no se comprenden, y Azucena cediendo sin saber cómo á uno de esos impulsos raros, se detuvo ante la lista del correo, y empezó á leer la lista de las cartas con una tranquilidad inesplorable.

—«Señora Doña Maria Azucena Velazquez:» leyó en alta voz con una agitacion súbita, que dió á sus desencajadas mejillas, un efímero color de rosa.

—Carta de Antonio! añadió hablando consigo misma.... Oh, Dios mio! ya veo que no me habeis abandonado en el dia de mi desgracia.

Trémula y casi estraviada, echó mano á su bolsillo para buscar algun dinero con que sacar la carta; pero nada halló mas que el oro, y el oro de Salazar. La lucha de los dos ángeles principió de nuevo.

—Es mi esposo, mi único apoyo en el mundo... pensaba la pobre jóven para disculparse....

Pero se acordaba de su abuela, á quien acababa de abandonar y que tendria que ser enterada de caridad, y ante esta idea se sentia fuerte y capaz de vencer, porque aquella tentación habia sido para ella la prueba mas suprema.

Volvió á dejar caer el bolsillo dentro de su faltriquera, y buscó en vano una joya, una prenda cualquiera de que pudiese desprenderse. Llevó la mano á sus orejas; olvidándose de que sus zarcillos de oro se habian vendido meses antes para pagar al médico que asistia á su abuela. Pasó la vista por sus dedos, en los que solo se distinguia el anillo de Antonio, y al fin sacó del bolsillo de su vestido un pañuelo de seda, desteñido ya, pero que podia valer lo que entonces necesitaba.

—Señora Manuela, dijo entonces á una mujer que tenia una tienda en un portal inmediato, ¿quereis comprarme este pañuelo?....

—Ese pañuelo respondió la tendera, reparando el rostro descompuesto de la jóven.... Azucena, ¿será robado?

—Robado! repitió ella con indignacion: robado!

Habia tanta dignidad y tanta nobleza en aquel reproche, que la señora Manuela abrió el cajon de su mostrador, y tomando algunas monedas de cobre en la mano, dijo echándolo todo á broma:

—Vaya, niña, que nada tendria de extraño, porque otras tan bien criadas han hecho cosas peores obligadas por la necesidad.... ¿y qué quereis por él?

—Real y medio.

Por usado que estuviese era demasiado barato. La señora Manuela le entregó seis piezas de á dos cuartos, recogiendo el pañuelo, y Azucena corrió con la mayor presteza á recoger la carta. Luego que la tuvo en las manos, quiso mejor salir de la ciudad para leerla, donde pudiera dar rienda suelta á sus sentimientos, ya que tanta falta le hacia dar algun desahogo á su corazon.

Salió de la ciudad, atravesó uno de los arrabales, y cuando hubo llegado á un sitio solitario á orillas del Tormes, tomó asiento y se puso á leer la carta con la ansiedad del que todavia teme nuevas desgracias. Su corazon queria salirse del pecho. La carta decia así:

«Mi siempre amada Maria:»

«Me faltan palabras para espresar el sentimiento que me acompaña al dirigirte mi última carta; pero es preciso que así lo haga, aunque no sea mas que para aligerar los remordimientos de tu conciencia.»

«Cinco años me faltan todavia para ser libre, y esto es demasiado esperar para lo que yo puedo ofrecerte despues. Jóven y hermosa no me sorprende que hayas encontrado quien te ame como te amo yo, y te brinde con una subsistencia mas brillante. He sabido que las necesidades de tu pobre abuela te han obligado á romper la palabra que me tenias dada, aceptando una posicion distinguida, de la que conozco eres merecedora. A fin de que puedas disfrutarla sin remordimiento, yo te devuelvo, aunque con dolor, todas tus promesas, sin que en mi corazon se abrigue el menor sentimiento de rencor ni de venganza. Adios, sé feliz y rica, y cuida mucho á la pobre anciana, objeto de nuestra veneracion comun. Dedica si puedes algun recuerdo á tu amigo, al desgraciado

Antonio.»

Esta carta hizo en Azucena el efecto del rayo; enmudeció, empezó á temblar, y aglomerándose en su imaginacion todas las desgracias de aquel dia, la soledad en que se hallaba, y el porvenir desastroso que se estendia á sus ojos, se levantó

repentinamente y corrió hacia el Tormes, exclamando con desesperación:

—Familia! amor! honor! oh!.... no!....

Pero en el momento en que dominada por el dolor iba á lanzarse al río para poner fin á tanto sufrimiento, el sonido melancólico y suave de la campana de Santo Domingo, que sonó á lo lejos, llegó á sus oídos como un llamamiento del cielo.

Azucena se detuvo, y una sacudida nerviosa conmovió todo su ser. La vista de la profunda corriente donde iba á lanzarse la horrorizó, y afligida, asustada y llorando el llanto amargo del desconsolado, volvió á la ciudad y entró en el convento de Santo Domingo, persuadida de que había sido llamada allí por la voz de Dios.

Otra tarde, dos años antes, volviendo como ahora del mismo arrabal, había entrado también en el mismo templo; pero entonces tenía casa, donde estaba segura de encontrar á su abuela que la recibiría en sus brazos y enjugaría su llanto. Es verdad que Antonio se acababa de separar de ella, acaso para siempre, pero el amor y la esperanza le pertenecían. Ahora, qué diferencia! sin casa, sin familia, rechazada de Antonio, y privada hasta de pensar en aquel amor que era la única esperanza de su vida.

Dios era el que no había cambiado para ella; solo él ofrecía su casa y la llamaba con los brazos abiertos para consolarla.

VIII.

LOS PRIMEROS SERAN LOS ULTIMOS.

«Ils m'ont environné comme un exaim d'abeilles, ils m'ont attaqué comme un feu qui brule dans les épines, mais le Seigneur m'en a fait triompher.

PSAUME 117.

Al entrar Azucena en la iglesia se encontró con una multitud de gentes, ataviadas como de día de fiesta, y que habían concurrido al sermón que en aquella tarde debía predicarse en aquel sitio.

Avergonzada la pobre jóven de encontrarse en una concurrencia tan numerosa, cuando creyó que hallaría la soledad que tanto apetecía, empleó todos sus esfuerzos para colocarse en lo mas retirado y oscuro de toda la iglesia.

La aturdida Azucena no oraba; no pensaba. Su cabeza estaba trastornada, y sus labios se agitaban convulsivamente como si quisiera pronunciar palabras. El sermón principió y concluyó sin apercibirse de ello: la pobre jóven, estenuada de cansancio, de fatiga y hasta de necesidad, pues que desde la madrugada de aquel día no había vuelto á tomar alimento alguno; rendida, como digo, de tanto sufrimiento, sintió que su cerebro empezaba á turbarse, pero ni pudo ni se atrevió á hablar para pedir socorro. Poco á poco los objetos empezaron á perder su forma á su vista errante y vaga, hasta que velados completamente sus ojos, sus párpados languidecieron, y apoyando la ca-

beza en la fría y desnuda pared quedó sumida en un sueño, que tenía todas las apariencias de una muerte real.

Concluidas todas las ceremonias religiosas, la gente desocupó poco á poco, el vasto y sombrío templo, y á los pocos minutos la iglesia quedó completamente desierta. Solo en el espacioso coro se veía una figura noble y severa que permanecía orando con la inmovilidad de una estatua de piedra. Era el prior del convento que rezaba sus últimas oraciones. Otro bulto negro é inmóvil se distinguía bajo el inmenso coro, á la escasa luz que penetraba á través de las enormes columnas del templo; era Azucena que rendida de fatiga y de hambre dormía tranquilamente.

—Padre prior, padre prior! gritó el sacristan, que al registrar la iglesia para cerrar, acababa de percibir aquella figura inmóvil: ¡aquí hay una mujer muerta! muerta! y se santiguaba una y otra vez como para hacer ver su inocencia.

El prior se levantó al instante, entró por los claustros del convento agitando una campanilla, y entró pocos momentos despues por la puerta interior del convento quedá á la iglesia acompañando de un lego y de otros dos religiosos con hachones encendidos.

Al ver aquel rostro tan pálido y reclinado dulcemente como si durmiese, el prior no pudo contener una exclamación de lástima.

—¡Pobre jóven! dijo mirándola con interés, acaso el hambre.... ¡está tan mal vestida!

—A los primeros socorros que trataron de prodigarla, Azucena abrió los ojos y exhaló un grito de terror al verse rodeada de aquellos seres misteriosos que tanta relación tenían con las fantasmas que habían poblado sus incoherentes ensueños.

—Nada temais, hija mia, la dijo el prior, haciéndola sentar en uno de los bancos inmediatos; soy el prior de este convento y seré vuestro amigo, tranquilizaos.

—¡Ah! señor, balbuceó la pobre muchacha recordando todos los acontecimientos de aquel día.... soy una infeliz huérfana, abandonada. En nombre de Dios compadecedme; oidme algunos minutos y os henderé despues como á mi padre.

Azucena empezó á llorar amargamente.

El prior conoció que la jóven estaba oprimida por algun pesar profundo; y como verdadero padre espiritual, la colmó de consuelos y la dió valor para soportar sus penas.

Azucena le hizo una relación exacta de todas sus desgracias, relación que el bondadoso prior escuchó con el mayor interés.

—Aquí teneis, señor, le dijo al fin, entregándole el bolsillo de Salazar; aquí teneis ese oro que por tres veces ha empañado mi pensamiento y ha espuesto mi alma á todos los horrores de una lucha, de la que milagrosamente salí vencedora. Pero me siento débil, muy débil, y quiero acabar pronto con este peso que siento en el corazón. Yo os suplico que me acompañeis ahora mismo al pa-

lacio de Salazar, donde hablareis por mí si las fuerzas me abandonan.

—¿Pero no sería mejor que esperarais á mañana que estariáis mas tranquila y fuerte para presentaros á él?

—Oh! no, señor! no quiero que se concluya el día sin que sepa cuanto me pesa mi debilidad; hartó me duelen las horas que han pasado ya.

El prior contemplaba admirado aquella alma pura que en el día de la mayor desgracia se olvidaba de todo, para poner en salvo su empañada virtud.

Salió de la iglesia en compañía de Azucena, cuyo rostro alterado y marchito llamaba la atención de los que hallaban al paso, que no podía menos de admirar aquel singular paseo de dos personajes tan heterogéneos.

—¿Quereis que entremos en vuestra casa antes de presentaros á Salazar?

—En mi casa! dijo Azucena con amargura. ¡Ay, señor! ¿os habeis olvidado de que no la tengo?

Habia tanto dolor en aquella respuesta, que el prior prometió á Dios no abandonar jamás aquella hija de la desgracia.

Apenas llamaron á la puerta de Salazar, fueron introducidos por Custodia en el salon de recibimiento, donde estaba D. Félix de pie, disponiéndose ya para salir.

En tanto que admirado y confuso no sabia como explicarse aquella aparición, Custodia corria á participar á Doña Juliana el singular acompañante de la costurera.

—Señor D. Félix, dijo el prior alargándole la mano, esta visita no es de las que os hago ordinariamente, vengo aquí tan solo á devolveros este dinero, que habeis tenido la bondad de prestar á esta jóven.

Palido y estupefacto quedó Salazar al oír las palabras del prior, y no acertó á responder ni á preguntar.

—Señor, dijo Azucena á media voz, gracias, mil gracias, pero no debo.... No fué mi intencion aceptar esta cantidad.

La palidez de D. Félix se trocó en el encarnado de la vergüenza.

—Yo no he tenido intencion de ofenderos.... y no pudo decir mas aquel hombre, tipo de la valentía y del desembarazo. Toda su presencia de ánimo cedía á los ataques de aquella alma virtuosa.

—Como amigo y como confesor vuestro que soy, dijo el prior tomando asiento, sabeis por experiencia que soy reservado como el sepulcro; pero hoy que Dios pone en mis manos los medios de haceros conocer la excelencia de la verdad, el deber me obliga á referiros los secretos de esta pobre criatura, digna de la mejor suerte.

Azucena se adelantó hácia el prior llena de vergüenza.

Su buen corazon sufría tambien por D. Félix, á quien veía humillado con aquella narracion, y su modestia se ofendía de las alabanzas como de una acusacion.

—Señor prior! le dijo en voz suplicante, ya nada tenemos que hacer aquí.

—Aguardad, respondió el venerable religioso, es preciso que se os haga justicia.... la virtud del pobre es el faro que señala al rico las puertas del Señor.

Buen orador, y religioso por excelencia, el prior refirió toda la historia de Azucena, sus desgracias y su extraordinaria rectitud.

Trastornado de vergüenza y de asombro Salazar, pero mas trastornado aun de amor al contemplar la hermosura de aquella pobre huérfana, sin familia ni hogar, al verse de frente y por la primera vez de su vida ante la virtud desnuda y abandonada, con hambre y sed, como él habia dicho á los jugadores, sus amigos, apenas podia dominar los impulsos de su corazon.

—Pues bien, dijo con voz resuelta, no pudiendo ya soportar mas; nada os ocultaré: yo debo á esta jóven una reparacion, y esa reparacion será pública y solemne.... Sabeis que yo habia prometido seducir á esta niña, porque nunca he creído en la honradez necesitada. Pues bien.... añadió dirigiéndose á la jóven, que muda de vergüenza no se atrevia á levantar los ojos. Sabeis, Azucena, que os amo locamente, y que seré el mas feliz de los hombres si aceptais para siempre mi nombre y mi fortuna.

—Ah, señor! respondió la muchacha ruborizada, no sabeis cuanto siento desairaros; pero cuando habeis oído la relacion de todos mis antecedentes, conocereis que me es imposible aceptar vuestra oferta. Mi corazon pertenece á Antonio.

—Antonio! ¿pues no habeis dicho que os ha devuelto vuestra palabra?

—Sí, pero me la devuelve porque le han engañado; pero el señor prior le escribirá la verdad y estoy segura que me creará, y entonces tranquila ya por mi porvenir trabajaré sin cesar los cinco años que nos faltan para reunirnos.

Este último golpe acabó de trastornar á D. Félix, que acababa de recibir la leccion mas elocuente, viéndose pospuesto á un soldado sin nombre ni fortuna.

—Gracias, gracias, prior, dijo ocultando su abrasada cabeza entre sus manos; gracias, porque merced á vos, creo ya en la virtud, en el honor, en el amor sincero y desinteresado.... Azucena! añadió mirándola con la mayor ternura, me habeis humillado, me habeis herido en lo mas sensible de mi alma; pero no importa, para vos han concluido los malos dias, y las horas de taller y de labor. Aquí teneis una suma suficiente para rescatar á Antonio, al que llevareis por dote la administracion de mis señorios de Zamora. Adios, pues, sed felices, pero sin que yo os vea. La vista de vuestra felicidad me haria perecer de envidia.

—Oh! amigo mio! exclamó el prior abrazándole; la amabais, y por eso Dios os inspira.... un sentimiento bueno salva todos los demás.

—Señor, dijo Azucena levantando hácia él sus hermosos ojos, perdonadme, y que Dios os haga tan feliz como me habeis hecho á mí al devolver-

me la vida, el honor y la mas bella de mis esperanzas. Ah! de hoy mas, ya no podrán llamarme el *Anima sola*.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

FIN DE LA SEGUNDA DE LAS VIRTUDES

Contra Lujuria Castidad.

A UNA VIOLETA.

Florequilla, florecilla
la que naciste en el suelo
tan modesta y tan sencilla
cual la virgen sin mancilla
de mis pesares consuelo.

Flor que de hallarte entre flores
te estremeces y sonrojas,
y, al ver sus hojas mejores,
entre mezquinos verdores
ocultas tus pobres hojas.

Flor que á un lado del sendero
sin agrado seductor
brotaste en tallo lijero,
encantando al pasajero
con la magia de tu olor.

Te abandonan los cantores
cantando á ostentosas flores
y en soledad te consumes:
mas no busco yo colores
cuando hallar puedo perfumes.

Ay! yo tu cantor seré;
cantor como tú ignorado:
yo mis ansias te diré,
y en tu seno recatado
mi canto de amor pondré.

En la alegre mañana de la vida,
cuando todo en el mundo es primavera
y plantas mil esmaltan la pradera
y bonancible se dilata el mar,
yo ví mujeres, cual las otras flores;
y con su hermosa faz y alto atavío
ni del pecho llenar pude el vacío
ni del alma la sed pude saciar.

Pasaban: y sus formas seductoras,
que undulantes y mágicas movían,
y sus ojos ardientes, que lucían
con devorante fuego abrasador,
del alma arrebatában la inocencia;
y mil vagos fantasmas sin contorno
raudos volaba de la mente en torno
murmurando con eco halagador.

Y en giro interminable sus cabezas
los sedosos cabellos coronaban,
y acariciantes, lánguidas posaban
sus miradas volcánicas en mí;
y encendido el color, turgente el seno,
de sus labios suaves despedían
acentos que ventura prometían;
y á miradas y acentos me rendí.

O amor! En dónde estás? Yo te buscaba
en sonrosado rostro y alba frente
y en los labios de miel y en el turgente
seno de la hermosura ó la beldad:
y en mirada radiante, en talle breve,
en formas mil y mil: y todo en vano:
placer, placer halló, placer mi mano!
mas ahogábase el pecho en la ansiedad.

Vaporoso, ligero, indefinible,
nunca explicado celestial donaire,
vago contorno de la flor del aire,
sin formas, sin asiento y sin color,
en líneas misteriosas á mis ojos
aparición de mágica pureza
y ángel mas que mujer, una belleza
mi alma solitaria iluminó.

De sus modestos ojos la mirada
que el párpado velaba pudoroso,
de sus delgados labios el reposo
y el trasparente cutis virginal,
espresaban la cándida inocencia
que dulcemente en ella sonreía,
y el alma por sus ojos se veía
cual la luz por diáfano cristal.

Ni con joyantes sedas se ostentaba,
ni la adornaban fúlgidos brillantes,
ni en rico tren de ruedas resonantes
pasar la ví con giro volador:
sino apoyada al brazo tembloroso
de padre anciano que su bien, la nombra;
débil á un tiempo y venerable sombra
que su virtud protege y su candor.

La ví, la ame, y jó Dios! á cada acento
que pronunciaba el labio enamorado
se despertaba un tierno sentimiento
dormido en su inocente corazón:
y su alma brotó raudal fecundo
de goces puros que en mi sed bebía,
y mirándola yo me embebecía
y comprendí la dicha y el amor.

Mágico objeto impalpable
que el sentimiento revela,
que los pesares consuela,
que do quiera alcanzo á ver;
que con nombres diferentes
eres tono en los colores,
eres perfume en las flores,
y alma en el humano ser.

Alma! rayo desprendido
del solo Dios soberano
y que él con su misma mano
en nuestro seno encerró;
el hombre que el paso emprende
por tan diversos senderos,
¿qué placeres verdaderos,
sin dárselos tú, gozó?

Alma! espíritu sublime!
en tus dos senos fecundos
nutres dos célicos mundos;
la mente y el corazón.
Mente, do siempre ilumina
la antorcha del pensamiento;
corazón, de sentimiento
eterno, eterna mansion.

Yo á la garrida aparición de Mayo,
de su encendida aurora á los fulgores,
de su templado sol al primer rayo,
alzarse ví del lánguido desmayo
inmensa turba de apiñadas flores.

Alfombras de colores ondeantes
eran las plantas mil de la llanura:
la hortensia con sus formas rozagantes,
el borlon con sus púrpuras brillantes,
la adalia con simétrica hermosura.

Con maligna altivez la tierna rosa,
su enamorada majestad alzando,
mostraba á linda amante mariposa
su aguda espina y gracia voluptuosa
negando siempre y siempre provocando.

Rudo, insaciable, el girasol ansiaba
heber mas fuego mientras mas hebía,
y sobre el tallo rígido se alzaba
y á otras flores celoso amenazaba
y hasta espirar el sol su cuello erguía.

Roja y lasciva, la amapola ardiente,
desabrochando impúdica su seno,
loca agitaba la flexible frente,
y al céfiro brindaba complaciente
con lúbrico boton de ardores lleno.

Tanta vistosa flor, tanto capullo
al sol dejé que su fulgor vertía:
y oyendo de una tórtola el arrullo
y de un arroyo el bullidor murmullo,
pasé á lo oscuro de profunda umbría.

Y la tórtola arrullando
y el arroyo murmurando
en ríscoso y limpio lecho,
ví que llevaba en la sombra
césped blando por alfombra
y verdes ramas por techo.

Y en los frescos aires puros
de aquellos senos oscuros
vagamente repartidos,
misterioso ámbar corría

OCTUBRE.

que dulcemente adormía
mis conturbados sentidos.

Quizás la grata fragancia
era animada sustancia
de otra vida mas completa,
viniendo consoladora
á halagar la soñadora
mente febril del poeta.

Ser fantástico y lijero
puesto acaso en el lindero
de la vida y de la nada;
ó tal vez celeste aviso
que dar Dios al mundo quiso
de la celeste morada.

Quizás alma que incesante
vaga en torno de su amante
con dulce y sentida queja,
y en todas partes le mira
y si mal obra, suspira,
y si duerme, le aconseja.

El aroma al alma mía
en suavísima armonía
misteriosamente hablaba,
y busqué de anhelo henchido
el preciado y escondido
manantial de dó brotaba.

Y entre los céspedes verdes
que, bajo la espesa nube
de los árboles frondosos
huían del sol la lumbré,
junto á las corrientes aguas
y movibles abedules,
oculta en tus propias hojas
sobre el suelo que te nutre,
y enarcándote en el tallo
por temor de que te encubre,
ví que modesta escondías
tus pobres hojas azules.

El mundo de altivas flores,
encantado con su lustre,
se engalana, y por humilde
deja que el lodo te inunde.

Mas en tanto que el sol lance
sus rayos de ardiente lumbré,
y respiren frescas brisas,
y las tórtolas te arrullen,
y las estrellas rutilén,
y los arroyos murmuren,
y flores produzca Mayo,
y verde pámpano Octubre,
en mi lira mal templada
entonaré tus virtudes;
que no busco yo colores
cuando hallar puedo perfumes!

IRUZU XILEFED-AGÁ.

Madrid: 1847.

LAURA.

I.

¿Habeis leído á Walter-Scott?

¿Recordais aquellos encantadores tipos que con su diestra pluma nos describe, aquellas hermosas hijas de su imaginacion, de formas aereas, rubios cabellos, tez rosada y azules ojos, que trayendo á nuestra memoria á las sílfides y ondinas de la mitología Scandinava, figuran en las célebres novelas del fecundo bardo de Escocia?

¿No conoceis á la tierna y sensible Margarita, á quien el genio divino de Goethe colocara entre la interesante figura de Fausto y el horrible fantasma de Mefistopheles, en ese inmortal poema, que justamente escita la admiracion de cuantos aciertan á comprenderle?

Pues á esta especie de seres corresponde aquel de quien pretendo hablaros.

Laura era tan hermosa como jóven.

Meciase su esbelto talle al andar con la majestad de la palma que levanta erguida su penacho en las regiones del oriente. Irradiaba su rostro la purisima luz, que el alma reflejaba sobre su virginal semblante. Eran sus miradas tan místicas y melancólicas, cual la oracion que el peregrino eleva hasta el Omnipotente en los abrasadores páramos de la Judea. Su cabello, deshecho en trenzas de ensortijado oro, flotaba suelto y en graciosas ondulaciones caía sobre sus espaldas. El rojo de la encendida granada moraba en sus labios, y la blancura de su cutis bien pudiera equipararse con la del níveo jazmin que florece en las enmarañadas selvas del mediodía.

Laura era un conjunto de perfecciones, un ser de otra esfera, una emanacion del cielo.

La dulzura de su voz, la amenidad de su trato, su fina correspondencia, los sentimientos purísimos y nobles que atesoraba en su pecho, todo esto unido á la belleza física con que natura la dotara, aumentaba de un modo incalculable el cúmulo de sus perfecciones.

Nunca se dió criatura con mas felices disposiciones para el trato social, con mas encanto y seductores atractivos.

¡Oh, cuánto la queríamos!

Pero la queríamos no con ese amor profano que el mundo conoce; no, la queríamos de un modo especial, con un género de cariño incomprensible (para la mayor parte de los hombres, con una suerte de inesplicable y acendrada simpatía que crece y se desarrolla con los juegos de la infancia, con aquellas tiernas emociones que experimentan los que dan juntos los primeros pasos en el sendero de la existencia; con aquellos dulces y tiernos afectos de la juventud.

Sí; amábamos á Laura como se ama á una hermana, á un ángel, á una criatura que está por cima del nivel que comprime á nuestra miserable sociedad.

II.

Luis, jóven muy recomendable, vió á Laura; y como era totalmente imposible conocerla y no prendarse de ella, quedó envuelto en las redes de sus gracias.

Sin embargo, aunque decimos que Luis era digno de aprecio, guardaba oculto entre los mas recónditos pliegues de su corazon un germen pernicioso: era egoista, la avaricia le dominaba. A las palabras tiernas y amorosas de Luis la jóven sintió estremecerse de placer su alma: raudales de poesia brotaron para ella todos los objetos de la creacion; los placeres del amor, que cual fantasmas vagos turbaban sus sueños, se revistieron de formas palpables, tangibles: un mundo nuevo se desenvolvió ante su vista con su mágica galanura, y asi como las rosas del Abril abren su virgíneo capullo al vagaroso contacto de la brisa matinal, asi la jóven abrió su alma á los goces y halagüeñas esperanzas que le hacia concebir su amante.

III.

Pasó algun tiempo. Tocaba á su término aquel primer periodo de la vida del amor.

Laura iba á jurar al pie de los altares ser la compañera inseparable de Luis.

¡Oh, cuánta felicidad no se retrataba en su semblante!

De repente un dia se presentó Luis casa de su amada con inusitado ceño: una nube de disgusto envolvía su frente. Estaba pensativo, ensimismado, de mal humor. ¿Qué tenia? ¿Qué habia en su alma que de tal modo le preocupaba?

Inútilmente trató Laura de adivinarlo.

Su afectuosa solicitud solo sirvió para exacerbar á su amante. Desde aquel momento la conducta de este empezó á cambiar.

Ya no tenia para Laura las amorosas frases con que continuamente regalaba sus oídos; ya no discurría ni formaba proyectos venturosos sobre el porvenir; todo el ardor de su pasion se habia estinguido; transformado en silencio mudo la elocuencia de sus miradas.

Luis no amaba á Laura como antes. ¿Cuál era la causa? Luis tenia sed de riquezas, y Laura no podia llevarle mas que el rico tesoro de sus dotes tanto físicos cuanto morales.

Empero hay corazones miserables, para quienes son incomprensibles los placeres de lo bello, de lo grande, de lo hermoso; corazones que formados para arrastrarse por el lodo inmundo de un repugnante materialismo, no pueden ni existe en ellos la suficiente abnegacion, el necesario brio para remontarse á otras mas puras esferas, y el de Luis por desgracia participaba de estas tan desfavorables cualidades.

¡Cuán flaca y sujeta al embate de las pasiones es la naturaleza del hombre, cómo su ambicion

le corrompe y pervierte haciéndole huir de la luz para sepultarle en las tinieblas!

IV.

Luis estaba en relaciones con otra mujer.

Hija de un opulento capitalista, le ofrecía con su mano una rica dote.

Las riquezas le deslumbraron.

Para almas de su temple, la elección no era dudosa.

Entre Laura y los tesoros, entre el purísimo amor de aquella y las seducciones de estos, optó por los últimos.

¿Qué le importaba á él, espíritu raquíptico, hombre sin entusiasmo, sin mas que prosa y podredumbre, qué le importaba, decimos, faltar á aquellos solemnes juramentos con que había ligado su suerte á la de Laura?

¿Por ventura no estaba obligado á cumplirlos estrictamente, por mas que no se hubiesen revestido de esas formas y esterioridades que los hombres han inventado, conociendo la mala fé con que caminan y queriendo dar fuerza á una cosa que solo puede tenerla en nuestra íntima conciencia?

¿Y qué le importaba, repetimos, llevar el veneno de la desesperación al corazón de Laura, destrozándolo con el despecho de los celos, con el recuerdo de un bien perdido, con el desengaño de unas ilusiones que él mismo había fomentado y aun hecho concebir?

Ah! huyamos de hombres que al cumplimiento de un deber anteponen sus cálculos egoístas, sus sórdidas ambiciones.

V.

Hay fenómenos en la vida íntima del alma, que no es dado á la humana ciencia descifrar.

Se conciben, se sienten, pero no se explican.

Un accidente que nos priva del objeto mas querido, mas venerado; un reves de fortuna que instantáneamente dá al traste con todos nuestros cálculos, una noticia cruelmente desgarradora, que deshace todos los encantos de una esperanza acariciada durante muchos dias, llegan hasta nosotros y la recibimos con estoica serenidad.

Son dolores tan inmensos los que agovian al espíritu, que no halla términos para espresarlos.

Penas tan amargas, tan penetradas de aflicción que embotan el sentimiento, y hasta nos impiden buscar lenitivo en nuestras lágrimas.

Mas el volcan ruje en nuestro pecho: los mas acerbos padeceres destrazan el interior.

Y preciso es que os riais, que aparenteis tranquilidad, ventura, porque la sociedad así lo quiere, y fuerza es complacerla.

La sociedad no repara en vuestros infortunios sino en tanto que pueden afectarle. Para ella no existe el dolor individual, recóndito, exclusivamente vuestro.

Semejante á una tromba del océano, pasa por vuestro lado envuelta en los vapores de esa eterna bacanal que llamamos mundo, y no repara ni escucha los agudos gritos que lanzais en vuestra desesperación.

Llorad, decidla vuestras aflicciones, demandadle consuelo, y la vereis volveros la espalda contestándoos con una histérica carcajada, que herará la sangre en vuestras venas.

Laura supo la verdad de lo acontecido. Luis se había retirado de su casa: debía casarse con la señorita de C.... de un día á otro.

En los primeros momentos la candorosa virgen creyó ser presa de una fatídica pesadilla.

Parecía imposible cupiese en pecho humano tan refinada é inaudita maldad. Presentábanle pruebas, dábanle datos, datos ante cuya exactitud era necesario enmudecer.

Y á pesar de todo, su buena fé se resistía á dar ascenso á lo que debía ver muy pronto realizado. Llegó el día, y los ecos bulliciosos del festín nupcial resonaron en sus oídos.

Entonces, ante tan horrible realidad, se desvanecieron sus dudas. Un vértigo se apoderó de ella. Su frente quemaba con el fuego de la calentura febril que la abrasaba; su voz se ahogaba en la garganta, agudos dolores combatían su pecho de un modo que hasta entonces le había sido desconocido.

Quiso llorar, desahogarse, buscar consuelo en sus lágrimas, mas era tarde.

La lucha había sido demasiado tremenda. Su razón se había menoscabado.

VI.

Muchos dias habían trascurrido.

Era el Otoño. Las frescas brisas precursoras del invierno, arrastraban con lúgubre murmullo los millares de hojas que se habían desprendido de los desnudos árboles. Perdía la naturaleza sus encantos, estinguíanse sus mágicas tintas, y presintiendo los rigores de la estación próxima se reconcentraba en sí misma.

Laura estaba convaleciente de una larga enfermedad.

La pobre niña no era ya la joven hermosa llena de amor y vida que conocimos. Solo quedaba de ella un trasunto de lo que fué, un débil recuerdo, pálido, medio borrado, una liviana sombra que al tocarla se hubiera desvanecido.

Un círculo lívido rodeaba sus amortiguados ojos, sus miradas erraban sin punto fijo; su semblante desencajado por el dolor y su aspecto tétrico y sombrío la hacían parecerse á la alegoría de la desesperación.

De cinco meses á aquella fecha su leve planta no había traspasado el dintel de su aposento. Nada fuera bastante á hacerla volver á su antiguo estado. Las caricias de su madre, único ser cuya vista podía resistir, sus ruegos, sus súplicas, nada, nada le conmovía. Tan embotado y seco tenía

el corazón que ni aun á los afectos maternos respondía.

Meses enteros se pasaron sin que desplegase sus labios: con su peinador blanco, su pelo suelto sobre la espalda y su diestra levantada en ademán solemne, parecía una de esas románticas apariciones que poblaban las ruinas de los castillos de la edad media.

Unicamente cuando se encontraba sola daba señales de vida.

Dirijáse á veces con paso trémulo á una ventana que daba al jardín y que se encontraba cubierta de olorosas flores; aspiraba sus perfumes, convertía sus ojos al cielo y despues se volvía y sentaba al piano.

Apoyábanse sus crispados dedos sobre las hechas teclas y con inusitado empuje hacia vibrar sus empolvadas cuerdas: acentos vigorosos arrancaba al instrumento, raudales de armonía brotaban de él bajo la presión de aquella mano maestra y de aquella voluntad inspirada.

El piano reflejaba fielmente los cruentos padeceres de Laura. Las luchas de su alma se traducían en sus tocatas.

Mas despues venia el desaliento, el cansancio físico y moral. Las notas eran cada vez mas prolongadas, mas suaves, la música mas monótona, concluyendo por extinguirse todo ruido: bien así como el lejano rumor de los alborotados mares.

VII.

Este existir duró diez meses.

El invierno dominaba ya á la creación. Los hielos cubrían las laderas de las montañas, el frío era intenso, los días cortos y nebulosos.

Laura estaba herida de muerte.

La demacración era cada vez mayor.

El marasmo se insinuaba con signos indestructibles, la muerte extendía sus sombras en torno suyo.

Aquella existencia virgen, un día tan lozana, con tanta exuberancia de vida, se extinguía cual la lámpara del santuario, que no tiene de que alimentar su llama.

Y su mal era incurable: mal moral, enfermedad del alma, que influyendo en el físico, lo destruía, lo aniquilaba.

VIII.

Era una noche del mes de diciembre.

Noche oscura y tempestuosa. Caía el agua á torrentes, cruzaban el cielo ráfagas de ardiente electricidad, el trueno retumbaba en los huecos de las circunvecinas sierras.

Hacia tiempo que me había recogido: con la mano apoyada en la mejilla, meditaba sobre mi bufete acerca de lo que estaba leyendo.

De repente siento agitarse fuertemente la campanilla del zaguan: abren, y á poco me entregan una carta.

«Querido amigo, me decían. Si deseáis recoger el último suspiro de Laura, de vuestra tierna

y desgraciada amiga, venid. Su contristada madre necesita vuestros consuelos en esta ocasión.»

Este era el desenlace del drama. No me sorprendió por cierto.

Corrí á casa de mi amiga, quería darle el postrimer adiós, mas llegué tarde. Había espirado.

Tendida sobre el lecho estaba mas fría que el mármol, mas angelical que un querube: la muerte no se revelaba en su semblante: parecía dormir con el sueño de los bienaventurados.

Fuera de mí, me arrodillé junto á su cama. Transido de pena balbuceé su nombre: una lágrima de fuego asomó á mis pupilas: era el tributo espontáneo de mi sincera amistad.

IX.

Amaneció un día sombrío. El piso estaba mojado. Las plantas destilaban las gotas de la pesada lluvia. El fúnebre clamor de las campanas, doblando á muerto, despertó á los tranquilos habitantes de mi pueblo.

Sin aparato de ninguna clase, sin ese fausto vano de que se rodean los poderosos hasta cuando caminan á la tumba, salió de una modesta casa el ataúd que contenía los restos de la infortunada Laura.

Pocos, pero verdaderos amigos, le seguían. El mas profundo dolor se dibujaba en todos los rostros.

Laura iba hermosa; si, con toda la hermosura de la inocencia, con toda la hermosura de la virtud y del martirio.

Con silencioso recogimiento atravesamos la ciudad y nos dirijimos al cementerio.

El sol acababa de salir. Mas no era ese sol radiante y hermoso que nos alegra, que dá la vida, que vivifica: no, era el sol de diciembre, amarillento, moribundo, helado, lleno de melancolía.

Llegamos.

El sepulturero nos esperaba impaciente.

Con estóica serenidad preparó la fosa. Bien pronto depositaron el ataúd en su fondo.

Un anciano venerable entonó entonces una plegaria, que fué repetida por todos los concurrentes.

El sepulturero se apresuraba á llenar su misión. Empuñó la pala y empezó á cubrir la huesa: cada golpe de la tierra que sobre la madera caía, retumbaba en mi pecho. Llenóse el agujero. Igualóse la tierra. Todo había desaparecido.

Yo quise llorar: me pasé la mano por la frente: ardía. Volví por última vez el rostro hacía el sitio donde se encontraba mi amiga.... «adiós... mártir de amor.... adiós para siempre, dije con emoción profunda.

«Nada queda de tí.

«El mundo se olvidará de que aun exististes.

«La compasión que excitara tu fatal sino no durará mas de un día.

«Pero no temas, yo no te olvidaré. No, tu re-

cuerto indeleble vivirá en mi alma tanto como yo viva.»

F. M. TUBINO.

LA MODISTA.

Pocas te parecerán á primera vista, amigo lector, las diferencias que existen entre las oficiales de obrador y la modista. Ambas forman un solo tipo, y no obstante varían notablemente así en el método de vida, como en sus deseos y sentimientos.

La modista hace su aprendizaje en uno de los primeros obradores, identificando su existencia, por decirlo así, con la de las telas de que siempre va cargada. En todos los comercios la conocen y tutean, y de todos en ciertas épocas del año saca algunos regalillos que aumentan su afición al arte, y sobre todo á correr las calles con el indispensable lio.

Dejémosla correr con las pruebas ínterin que llega á oficiala, y mirar con menos escrúpulo que las de aquella clase, ya los favores que á sus gracias se conceden, ya los obsequios que se la prodigan por tal cual misiva que se escurre de entre los volantes ó pliegues de un vestido, al probarse una señorita si por casualidad no está presente la doncella, y escuchando á *D. Frutos Claravista*, hombre casado, con familia, y cuya experiencia en punto á modistas llega á una altura fabulosa.

Como tú, amable lector, no le conoces, se hace también indispensable que te lo retrate. Imagínate ver la estampa de un hombre de cuarenta y dos años, alto como las virtudes teologales, y seco como una esperanza marchita. Su tez de un moreno claro y surcado de líneas transversales, harían verter seguramente al fisiólogo que las examinase el mas estúpido juicio relativo á los padecimientos morales. Su barba y sus cabellos son de un castaño claro, lacios, y peinados siempre con admirable inteligencia, á fin de cubrir ciertas injurias que la naturaleza ó las costumbres han impreso sobre una cabeza parecida á tantas otras.

Viste un gaban negro, pantalon idem, y en fin á escepcion de la camisa, todo su trage indica el rigoroso luto que pesa sobre su apenado corazón. *D. Frutos* es amigo nuestro, y en verdad, en verdad lo es como poeta. Empleado ha veinte años en la Hacienda militar, á pesar de sus continuos desvelos y constante trabajo, solo ha podido ascender á la categoría de oficial quinto, disfrutando un escaso sueldo de siete mil reales. En sus buenos tiempos, es decir, en aquellos en que sus haberes le permitían lucir el domingo en el Prado una levita de buen paño, y gastar una peseta en la botillería de Canosa, se enamoró primero, y contrajo despues sagrados é indisolubles vínculos con una jóven, si no muy bella, agraciada por lo

menos, que trabajaba en casa de *Madama Bobiné*, y que se llama *Marta*.

Marta tiene hoy cuarenta y siete años, y dos hijas gemelas de diez y nueve y á cual mas bellas: *Elisa* y *Juana*.

Como en los difíciles tiempos que atravesamos todo el mundo alambica los medios de subsistencia hasta lo maravilloso: y como los gobiernos aunque poseedores de inmensos créditos no suelen serlo igualmente de grandes efectividades, nada tiene de extraño que la familia de *D. Frutos* se ingenie de alguna manera, á fin de vivir con mas holgura.

Estas y otras noticias nos proporcionaba nuestro amigo hace algun tiempo, y al propio que nos entregaba una elegante y charolada targeta que decia: *Doña Juana Claravista, modista, ofrece á V. su habitacion y servicios, calle de la Esperanza número 3, cuarto principal*. Nosotros ofrecimos igualmente recomendarla á nuestras amigas, y pocos dias despues pasamos á ver su casa y cumplimentar á la familia por la medida adoptada.

Chocante te parecerá, amigo lector, que nos tomáramos semejante incomodidad sin objeto al parecer, y por solo satisfacer el lujo de cumplimientos de un amigo; pero no, retira desde luego de tu mente pensamiento tan vulgar, y juzga como nosotros: en todas partes se aprende algo, y la observacion es hermana ó prima hermana, que en esto de parentescos y grados no somos muy fuertes, de la esperiencia. De otra manera no podríamos hoy coadyuvar á tu sueño, haciéndote pasar la vista por este mal perjeñado boceto, y refiriéndote lo que vas á oír.

Juana es una jóven morena, de ojos vivos y brillantes, de tez aterciopelada y suave, y de modales elegantes del mas esquisito buen tono. Desde niña ha demostrado una predileccion marcada á vestir muñecas; predileccion que lejos de desvirtuarse como sucede en la mayor parte de las jóvenes cuando llegan á otra edad, se habia afianzado en ella cada vez mas, llegando esta ocupacion á ser el perenne foco de sus alegrías y pesares. Su madre, oficiala de *Madame Bobiné*, habia hecho su carrera desde el primer escalon, es decir, habia pasado por el aprendizaje y llegado á la categoría de oficiala, y por consecuencia era demasiado instruida y perspicaz para dirigir en su hija una inclinacion tan conforme con sus principios. Acostumbrada á dominar bajo el imperio de su omnimoda voluntad la insignificante voluntad de su marido, del mismo modo que estaba acostumbrada á dominar bajo la aguja ó la tijera la resistencia de las telas, se habia creado una independencia absoluta y á la cual todo cedia. Como mujer, amaba por instinto el lujo, y mas de una vez habia conocido prácticamente en la frugal comida el bueno de *D. Frutos* las consecuencias del estreno de un vestido fular, chiné, ó de un adorno cualquiera, y con el que se pavoneaba graciosamente su muy amada esposa. Este y otros motivos daban margen á mil chistosisimas

escenas, y que servían de pasto á la murmuración y risas de los vecinos.

Hoy por fin tiene Juana un obrador: en él se reúnen una docena de muchachas, que apenas bastan á concluir la labor que tienen preparada, y que nuestra amiga espera *poner de prueba* para ir á ver á las señoras. Avíase, tiende graciosamente sobre sus hombros una mantilla de casco de raso y terciopelo, y llevándose una aprendiz con el *lio de pruebas* sale á la calle á escuchar requiebros y flores de todos gustos. Sin embargo, es muy circunspecta; no escucha ó finje no escuchar galanterías, contesta con lijereza á los saludos que la dirige tal cual importuno, de esos que no teniendo en qué ocupar el tiempo quitan á los demás el suyo, andando siempre á caza de una víctima que les ayude á desarrugar el entrecejo á las horas, y por fin llama y pregunta por las señoras de la casa, despreciando al ayuda de cámara que la dirige sus atrevidas miradas.

Como el trato engendra confianza, y las personas de talento es lo primero que procuran granjearse de aquellos á quienes tienen necesidad de servir, no estrañarás, amabilísimo lector, que nuestra Juana haya obtenido el cariño y la confianza de la condesita de B... Ambas á dos son jóvenes, ambas á dos son bellas; la una rubia como los ángeles, la otra morena como las houris del eden; una rica y elegante, otra pobre y elegante á la vez, pero independiente. Con estas semejanzas y estas diferencias, comprenderás la razón de por qué se estimaban. Además, el corte especial de un adorno, el prendido, flores, lazos y demás adimículos que usan todas las mujeres en general, y especialmente las que nos juzgan como somos, es decir, lo suficientemente necios para ehamorarnos de los colores del traje y del mas ó menos atavío, establecen puntos indestructibles de intimidad y confianza entre las señoras y las modistas. Por ejemplo: cuando del mayor gusto en el adorno depende el buen éxito de una interesante conquista, es necesario interesar á la vez el amor propio y la amistad de la artista. Nada agradecen tanto las mujeres como una confianza, y nada las enorgullece tanto como el convencimiento de que son necesarias. Así que ya con confianza, ya con no rebajar las cuentas, ya también con especiales consideraciones, crece entre ambas una amistad de esas que siempre en el corazón se reconocen, aunque á la faz del mundo se desmientan.

Así pasa un día y otro, y vuelan los meses y los años estendiendo nuestra heroína el círculo de sus relaciones, y satisfaciendo por consecuencia las exigencias de su orgullo y su bolsillo. En la casa ella solamente manda; su opinión para todos es sagrada y hasta sus presunciones son tenidas por oráculos de infalible verdad. Aunque de poca edad como es poseedora de mas de un interesante secreto, tiene la suficiente experiencia para juzgar en materia de amores del valor de los juramentos que en él se hacen; así que ya por la excesiva afición con que se dedica á su trabajo, ya por el conocimiento de los hombres en general,

se cubre su corazón de indiferencia respecto á todo lo que no sea perteneciente á su labor.

Sin embargo, la modista, como todo el mundo, tiene también un cuarto de hora, es decir, un momento en que aparte su corazón de la perenne lucha que sigue con los medios de subsistencia, se halla predispuesto á recibir emociones de distinto género; su alma necesita también momentos de expansión, necesita en su mente vagar á través de mil y una ilusiones y soñar despierta con esos átomos de felicidad que parece siempre poseemos y que sin embargo siempre se nos escapan; en una palabra, necesita amar. Su amor es violento, sin trabas, sin consideraciones: amor que identificado constantemente en su trabajo, y comprimido en los estrechos límites de la puerilidad, del capricho y de la moda, había de convertirse mas tarde en un objeto vivo que le imprimiera el mágico sello de la pasión.

Nada hay mas hermoso que la expresión del amor de una mujer que por primera vez lo siente.... Es el primer perfume de la púdica flor que rasga su corola.... Es el grito del triste peregrino que halla por fin la estraviada senda.... Mas ay! también el amor, como las castas flores, tiene sus aguzadas punzas.... También hace deramar á la mujer mas bella, lágrimas abrasadoras que arranca el desengaño, y secan y amancillan su puro corazón. En esas mujeres que por primera vez escuchan las embriagadoras frases de un amor apasionado y tierno, no conoce límites la pasión; crece amenazadora y terrible y muchas veces traspasa las vallas de la conciencia... Entonces se suele sufrir, y suele también cambiarse el placer en dolor, el entusiasmo en aborrecimiento ó el amor en indiferencia!....

Pero volvamos á Juana. Con mas tino, ó mejor dicho, con mas suerte que algunas otras, las relaciones que por efecto de las circunstancias ó del capricho ha sostenido nuestra heroína, no han dejado en su corazón la mas ligera huella: así es que conserva en toda su pureza un tesoro de amor inestimable; tesoro que mas de uno y mas de diez codician y que guarda Juana para un joven médico, de buena figura y que de vez en cuando halla á su paso.

Dejemos amigo lector correr un poco al tiempo y continuar á nuestra linda Juana sus amorosas relaciones con D. Antonio de Uceda, joven médico en la última reválida, y lleno de confianza en el porvenir. Todos somos lo mismo; al fin hijos de Adán y de la buena Eva, que sin duda nos lanzó al mundo para que en él fuéramos unos adanes: fiamos en el porvenir, y para cuántos en lugar de rosas, se trueca en lánguidas flores amarillas, tristes llorones que crecen en derredor de los sepulcros!.... Pero por fortuna no ha sucedido así con nuestros amigos. Juana y Antonio se desposan hoy mismo y para ellos la fortuna viste sus mas halagüeños colores....

¡Salve á la felicidad!...

Ahora amable lector permítenos reseñar lige-

ramente algunas de las cualidades que en general adornan a nuestro tipo.

La Modista tiene buenos sentimientos y excelente corazón: amable, condescendiente y hasta cariñosa con las personas de su predilección, no es menos generosa que compasiva con la desgracia. Su bolsillo siempre abierto en cuanto sus facultades lo permiten para el necesitado, da una favorabilísima idea de una clase en general laboriosa, y honrada, y que ha sido rebajada y tenida en menos, porque en ella como en todas las de la sociedad, ha habido y hay por desgracia personas que sin reparo alguno manchan cuanto con ellas roza.

Concluiremos diciéndote que su buen trato y delicadeza en general las coloca a una altura de consideración que hoy no tienen y de que injustamente se las priva. Aparta pues, lector, miserables preocupaciones y aprecia como nosotros las buenas cualidades que quiera que se encuentren.

(Se continuará.)

FELIX TALEGON DE SANTIAGO.

EL MONASTERIO DE....

Ya la sombra
se colora,
la luz dora
la estension,
y en el viento
van perdidos
mil quejidos
de dolor.

Recrujen las hojas
de arbustos hermosos
que oscilan airosos
sus tallos en flor,
y el claro arroyuelo
que corre sonoro
mil chispas de oro
dibujando al sol,
matiza las bellas flores
con colores
vivísimos, esplendentes,
y lucientes
tintas de púrpura azul:
y se admira en lontananza
como avanza
nube de matiz variada
y velada
por leve gasa de tul.

Roja aureola
tiñe la ola,
tiñe la mar;
la densa bruma
la blanca espuma
se vé oscilar.
Iban las hinchadas olas

impelidas por el viento
en rápido movimiento
en las rocas á pegar.

Y el rujido,
y el bramido
del furibundo elemento
amenaza el firmamento
destruir,
y á lo lejos
los reflejos
de la primera alborada
dejan oscura morada
traslucir.

Como una masa informe se levanta
y apenas le dibuja tinta oscura,
y ya su majestad y su hermosura
elegante y sencilla deja ver;
se distingue una torre, un campanario
cuya punta acerada y limpia sube
su cúpula á ocultar dentro la nube
que parece la esfera recojer.

Ecos perdidos, sonoros,
de angélica melodía
y raudales de armonía
exhalan célicos coros.

Y las horas
se deslizan,
y mil ecos
vienen, van,
y se acercan,
se aproximan
y repiten
sin cesar!...

Y las voces dulcísimas que al viento
daban sus ecos de eternal amor,
llevadas del fervor y sentimiento
rogaban por el mundo á su Hacedor.
Un monasterio... y monjas... y almo coro,
y un órgano vibraba, y el tanir
de la triste campana, un rayo de oro
del astro brillador miré al lucir.

Amaneció un claro día,
brilló el sol diáfano y puro
y aquel monasterio oscuro
le pude delinear.

Majestuoso se levanta
sobre una erizada peña,
y aquel que le mira enseña
do está la tranquilidad.

Y el mar ondulando
tranquilo murmura,
y el aura mas pura
mi frente oreó.

Ya solo mi lira
no exhala un sonido,
su dulce quejido
también me dejó.

FELIX TALEGON DE SANTIAGO.



A UNOS OJOS NEGROS.

Esconde, esconde, Delia,
 esas punzantes dagas
 que á mi sensible pecho
 sin compasion traspasan.
 ¿Qué valen de una rubia
 los ojos que demandan
 una pasion tranquila,
 que suplicantes hablan,
 y en su lenguaje mudo
 te dicen que te aman,
 si con tus negros ojos
 ay! Delia, los comparas?
 Prefiero yo mil veces
 los ojos que me mandan,
 que exigen mi cariño,
 que con su amor me pagan,
 y que me dicen: «oye,
 aquí tienes un alma
 amante, que respira
 tan solo á tus palabras.»
 Que son bellos espejos
 del corazon que ama
 con el delirio loco

de la pasion esclava,
 aunque en ellos no encuentre
 la tímida mirada,
 tan tierna y cariñosa
 cual la que aquellos lanzan.
 Por eso, Delia hermosa,
 tus ojos ¡ay! me matan;
 ora lánguidos, bellos,
 ó suplicantes manda,
 cual si á los altos cielos
 llevasen su plegaria,
 ora altivos, radiantes,
 de espresion serenada,
 diciéndome: «te adoro,
 mi bien, con toda el alma.»

FELIX TALEGON DE SANTIAGO.

Solucion del geroglífico anterior.

La invasion de los árabes, acabó con la
 dominacion de los reyes godos en España.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.

